



# Talara

Lluvia en el alma



**TALARA**

*Lluvia en el alma.*

© 2017 Todos los derechos reservados

[www.talara.es](http://www.talara.es)

[talara@talara.es](mailto:talara@talara.es)

# 1

El equipo médico me había tratado fenomenal: médicos, enfermeras, auxiliares, todos se habían preocupado por mi mientras estuve ingresada en el hospital. Las visitas eran continuas, las preguntas, los cuidados, los mimos fueron los que consiguieron mi rápida mejoría.

Cuando por fin desperté, todo me parecía un sueño, recordaba momentos, personas, pero gran parte de las historias, por suerte o por desgracia, se habían eliminado de mi memoria. ¿Volvería a recuperar mi pasado? Los médicos me decían que sí, que poco a poco, que no tuviera prisa.

Por algún motivo recordaba a uno de mis profesores de facultad, bueno, si he de ser sincera recordaba a dos: a la mejor, suponía, y al peor, de eso no me cabía duda. El peor era un presumido y presuntuoso que a veces fumaba la tiza y escribía en la pizarra con el pitillo encendido, a punto estuvo de quemarse varias veces. La mejor había sido una profesora que disfrutaba explicando y se le notaba la pasión por su asignatura. Con los años había agradecido mucho haber pasado por sus manos. No hay mejor profesor que el que se pone a la altura de sus alumnos e intenta meterles el gusanillo de aprender.

Pinceladas de una vida que a veces me llenaban de tristeza y otras de alegría. A mi lado estaba siempre Emily, que era la encargada de recuperar conmigo una gran parte de mi vida más reciente. Sergio había venido desde España. Había pedido un mes de vacaciones para venir a por mí, todos sus ahorros los había invertido en el viaje, una deuda que no le podría pagar jamás.

-Debe esforzarse en no perder los datos que recuerda.

El médico se había sorprendido al saber que había reconocido a mis dos amigos.

-Él es mi guardián, doctor, el de mi vida fuera del hospital.

El médico no comprendía lo que le contaba, Sergio se lo aclaró.

-Es el significado de mi nombre.

-Ha hecho usted bien en venir. Su recuperación está avanzando a pasos de gigante.

Era cierto. Me había despertado poco después de que Sergio llegara al hospital. Después de hablar con él siempre recordaba algo más. Lo mismo ocurría con Emily. Hablábamos horas y horas sobre nuestra vida juntas en la universidad.

-Antes de permitir que salga del hospital me gustaría que llamara por teléfono a su madre y hablase con ella. Necesito ver sus reacciones ante ciertas emociones.

-No se preocupe, doctor. Hablaré con ella.

-Ahora es el momento.

Sergio me tendía su teléfono desde el que ya había marcado el número. Sorprendida lo cogí y comencé a temblar. El médico me ayudó a sentar.

-Gracias.

Esperaba la voz de mi madre, pero nadie descolgó. Cerré los ojos y devolví el teléfono a Sergio.

-No lo coge.

-No te preocupes, en un rato lo volveremos a intentar.

Estaba intranquila, no entendía por qué razón temblaba ante la idea de hablar con mi madre.

-Posiblemente ella abrirá una amplia puerta hacia sus recuerdos. No se olviden de intentarlo en un rato. Estaré cerca.

-Gracias doctor.

Sergio se acercó a mí, tomó mi mano entre las suyas.

-¿Estás bien?

-Si. Es algo que sé que tengo que hacer y que me vendrá bien,  
pero me da miedo.

-Tranquila, cariño. Estoy contigo.

Con el teléfono en la mano esperando respuesta me quedé dormida.

Sergio se preocupó pero era normal según el médico. Los nervios, a veces, podían jugar malas pasadas. Mi madre seguía sin responder. No era eso lo que me preocupaba, realmente no sabía a qué le tenía tanto miedo. Era mi madre y antes o después tendría que hablar con ella.

Cada día me encontraba mejor, y aunque era consciente de que en mi cabeza había muchas lagunas, sabía que en unos días me mandarían a casa. Pronto también tendría que regresar a España pero para eso si que no tenía fuerzas, aún no estaba preparada.

Sergio y Emily no se separaban de mi lado. Me sentía segura con los dos, me daban la seguridad que tanto necesitaba. Los sentía como mis ángeles, como esas personas que te dan luz y paz sólo con su presencia. Sergio, como bien decía su nombre, había sido mi guardián desde el momento en el que nos habíamos conocido. Recordé, de pronto, ese momento y en mi estómago comenzaron a revolotear las mariposas, esa sensación siempre me había sorprendido por real, sentía el cosquilleo, la libertad, la confianza, sentía el amor, ¡qué difícil sentir el amor! pero yo lo sentía. La mirada tranquila y profunda de Sergio me había enamorado desde un principio. ¡Cómo podían reconocerse las almas! En medio de un universo tan lleno de gente, en medio de un batir de alas de mariposa, dos almas se reconocen y permanecen unidas hasta la eternidad, esa era mi sensación con Sergio. Me enamoraba su voz, sus ojos, sus manos, me enamoraba su calma. Me enamoraban sus ganas de vivir, de luchar por estar conmigo,

por permanecer en mí. De una manera o de otra, Sergio me salvaba, una vez más, la vida.

Estaba deseando salir del hospital para volver a casa con los dos, los necesitaba.

A veces me asaltaban un montón de dudas y preguntas. Si había entendido bien, mi jefe estaba en la cárcel por lo que deducía que me había quedado sin trabajo. Mi suerte era que el viaje de vuelta lo tenía pagado ya, pero la incertidumbre, una vez más me ahogaba.

-Hola. Llevamos llamándote un buen rato. No, no, no ha pasado nada. Tranquila. El médico cree que ya es momento de que habléis. Sí. Un abrazo. Te la paso.

Sergio me pasaba el teléfono y yo los miraba a ambos sin moverme.

-¡Vamos! ¡Cógelo! Talara, por favor. ¡Vamos!

-¿Mamá? Hola

Hubo un largo silencio del otro lado, o eso me pareció, hasta que por fin escuché la voz de mi madre.

-Cariño. ¿Estás bien? ¿Cómo te están tratando?

La escuchaba suspirar y titubear. Saqué fuerzas para contestar.

-Bien, mamá. Me tratan bien.

-¡Mi niña!

Comenzó a llorar.

-Tranquila, mamá. No pasa nada. Estoy bien. Mamá de verdad. Por favor, tranquilízate, no entiendo lo que me dices. Mamá..., por favor... Tranquila.

Estaba empezando a ponerme cada vez más nerviosa, no sabía cómo actuar ni qué decir. Mi madre estaba demasiado lejos. Sergio cogió el teléfono.

-Tranquila, lo intentaremos más tarde.

Colgó y yo dejé por fin de llorar.

Era consciente de que esta era una de esas veces en las que mi madre no sabía cómo acercarse a mi. Cuando pensaba o sabía que se había equivocado en su manera de actuar, se deshacía en disculpas, no se daba cuenta de que era mi madre y se lo perdonaría todo. Era muy exigente conmigo y con ella misma, siempre lo había sido. Recordaba a mi padre diciéndole cuando se había enfadado conmigo y pensaba que yo no podía escucharlos: "Déjala, ella hace lo que puede, no le exijas tanto, la perfección no existe." Esas palabras de mi padre me habían tranquilizado muchas veces, no sólo de pequeña, sino a lo largo de mi vida, cada vez que alguien, o yo misma nos equivocábamos. Ser perfeccionista, obligarte a hacer las cosas lo mejor que puedes es bueno, pero siempre dándose un margen. Todos teníamos nuestras limitaciones, y yo sentía que era la que más.



### 3

Resultaba difícil enfrentarse de nuevo a la vida. Aún no había salido del hospital, pero sabía lo que me esperaba fuera y eso generaba en mi angustia. No sabía muy bien cómo pero Emily había conseguido que me trasladasen de Alice Springs a un hospital de Adelaide en cuanto supieron que mi vida no corría peligro pero aún no había despertado, ella tenía que comenzar a trabajar y no podría hacerse cargo de mi de otra manera. En Adelaide era todo más fácil para ella, y para que Sergio pudiese quedarse.

Había conseguido, por fin, hablar con mi madre sin que ninguna de las dos tuviera que colgar. Era complicado. Ella se sentía culpable por haberme expuesto de semejante manera, pero no entendía que el único culpable era Javier. Las amistades eran así a veces: falsas. Lo que más le dolía era pensar que habían sido íntimos amigos prácticamente desde siempre, que se habían fiado de él hasta el punto de confiarle mi vida. Estaba claro que si alguno de ellos hubiesen visto algo reprochable en él no hubieran permitido que se acercase a mi.

-Mamá, ¿quién iba a pensar que esto terminaría así? Nadie sabía que me estaba utilizando, ni siquiera Sergio sospechó de él.

-Mi niña, te puse en peligro y eso no puedo perdonármelo. Me fiaba de él, vivía con él. Tu padre no me lo perdonaría...

La voz comenzaba a fallarle, así que cambié de tema.

-¿Sabes? pronto me darán el alta. Después tendré que esperar una semana o dos, volver por aquí y después volar... Tengo ganas de verte.

-Yo también a ti, cariño. ¡Cuídate!

Mi madre estaba pasando un calvario, no me cabía la menor duda. Nunca había pasado por su cabeza volver a vivir con otro

hombre tras la muerte de mi padre, así que realmente debía de querer mucho a Javier cuando aceptó irse a vivir con él. Sólo esperaba que esta decepción no le pasase una factura que no fuera capaz de soportar.

En algo nos parecíamos, en lo poco que desconfiábamos de las personas, no veíamos maldad en las acciones, quizás por eso a veces nos comían. No era fácil intentar averiguar el interior real de cada individuo sin verme a mi misma como falsa, no quería ser desconfiada, no podía, no sabía, así que no iba a quedarme otro remedio que el de estar dispuesta a seguir sufriendo. Había cosas que no se podían cambiar.

Siempre había sido muy lenta en la vida, o eso pensaba. Lenta a la hora de pensar, lenta a la hora de responder, lenta a la hora de comprender, lenta a la hora de vivir. Vivía en un mundo interior que se formaba y variaba, que inventaba, pero que sentía, siempre había sido así y muchas veces había pensado si realmente no tendría un problema, un defecto, una "enfermedad". Con el tiempo había descubierto que quizás fuera de esas personas que pertenecían al mundo de las llamadas "altamente sensibles", había leído varios artículos sobre ello y me habían dado un respiro, comenzaba a pensar que no era la única persona en este mundo que se sentía extraña, a veces desconcertada y muchas veces incomprendida; empatizábamos demasiado, sentíamos demasiado, sufríamos no sólo por nosotros, también por los demás, y sufríamos mucho. Alguna vez sintiéndonos como la solución a los problemas de otros a costa de nuestro dolor, atormentándonos con lo que habíamos hecho o dejado de hacer. Era complicado de explicar y quizás también de entender, pero más complicado era vivir así, sufriendo a cada paso por todo y por todos, sin saber muy bien cómo actuar, sintiendo, sintiéndolo todo, sintiendo a todos y queriendo también a todos. Pese a todos los problemas seguía

creyendo en los demás, en el corazón y en el alma buena de los demás. Mi problema, quizás, era que no sabía vivir de otra manera. El hombre era un ser social, y yo, que siempre había sido una persona bastante tímida, adoraba esa sociabilidad, necesitaba sentirme querida, necesitaba querer. De eso no me había olvidado, seguía pensando que el amor y el cariño eran lo más importante de la vida, sin los que no se podría vivir. Siempre había creído que las personas que más duras parecían eran las que más cariño necesitaban.

En pocos días me darían el alta. El médico acababa de entrar en mi habitación para decírmelo, me había puesto contenta pero a la vez nerviosa. Era mi prueba de fuego. No sabía el tiempo del que dispondría para dejar el país una vez que eso ocurriera. Tenía la suerte de que Sergio y Emily se habían ocupado de todo lo relacionado al visado, a los papeles en general, tanto aquí como en España, eso me tranquilizaba un poco. Esperaba poder despedirme del país como se merecía, quizás no volviese nunca más, y deseaba poder enseñárselo a Sergio, que disfrutara un poco sus "vacaciones".

-Emily, en cuanto salga de aquí tenemos que planear un pequeño viaje con Sergio, que pueda conocer Adelaide.

-No sé cuánto tiempo tendréis, así que había pensado que podíamos pasar un fin de semana en Kangaroo Island. A ti te había encantado y es una forma de ver un poco de todo en un único sitio. Y los billetes de avión os los cogeré vía Sydney o Melbourne, lo que tú prefieras, y yo iré hasta allí con vosotros.

-¡Emily! -Comencé a llorar. -¡Me alegro tanto de haberte conocido!

-¡Casualidades de la vida!

-Recuerdo que eras amiga de unas chicas con las que me llevaba fatal, creo que eran de esas personas que no dejaban sus apuntes, no sólo no los dejaban sino que te decían "haber venido a clase", daba igual que hubieras estado enferma, no se atenían a razones. Creo que conseguí que me los dejaran una vez, pero porque me habían pedido ellas otros, ¡qué poca empatía tenían!

-Si, pero eran las que me habían presentado cuando llegué, estaba tan sola...

-No recuerdo el día que comenzamos nuestra amistad...

-Llegué tarde a clase, así que fui a la cafetería de enfrente a la facultad. Tú estabas sentada, sola, leyendo el periódico, me acerqué y te pregunté si podía sentarme contigo. Ese fue nuestro primer café juntas, el primero de muchos...

-Hay espacios vacíos en mi cabeza, que no sé si conseguiré llenar, recuerdo sensaciones más que hechos, no sé si eso es bueno. Sé que tú me caías bien y que te quise y quiero como si fueras mi hermana. Eres muy importante para mi, aunque me cueste trabajo recordar, pero lo siento.

-No te agobies, a todos nos cuesta recordar algunas cosas que nos han ocurrido, tienes que darte tiempo, es lo que ha dicho el médico.

-¿Y si no nos volvemos a ver? Ahora me he quedado sin trabajo, viajar hasta aquí es muy complicado...

-Tranquila. Yo pienso regresar a España a verte, así que si no puede ser aquí será allí. Ahora no existen las distancias. ¡Existe internet! No es como cuando regresé aquí que no sabíamos si volveríamos a vernos y teníamos que escribirnos a mano. Menos mal que pronto apareció el mail.

-Si, recuerdo tus cartas, ahora que lo dices. Mi padre siempre me pedía los sellos.

Las dos reímos.

-Yo aún las tengo guardadas.

Entraron las enfermeras a preguntarme cómo me encontraba.

-Si tienes suerte estas serán las últimas muestras de sangre que te quitemos antes de que te vayas. La tensión está bien, el ritmo cardíaco también, la respiración... ¡estás nueva! Eres fuerte y eso te ha salvado, eso y la rapidez de tu amiga. Después volvemos.

-Gracias. Hasta luego.

Cuando vinieron con la cena entró una enfermera con las pastillas.

-Ten, estos son los últimos medicamentos que tienes que tomar. Posiblemente te den el alta mañana. Llevas mucho tiempo aquí, y eso tampoco es bueno para tu memoria.

Aplaudí como una colegiala y se acercó a darme una caricia

-¿Estás lista para volver a la realidad?

La abracé, le dí las gracias por todo su cariño y su trabajo.

-Si, ¡creo que ya lo necesitaba!

¡Qué importante es que te traten bien cuando más vulnerable te sientes! Está claro que para el personal sanitario eres su trabajo, pero hay profesiones en las que mostrar un poco de humanidad es totalmente necesario...

La soledad y la vulnerabilidad que yo sentía desde que había despertado eran de tal magnitud que a veces sentía que flaqueaba, que me ahogaba, si no hubiera sido por el apoyo de todos los que me rodeaban quizás no hubiese sido tan rápida la recuperación, así que sólo podía sentir un enorme agradecimiento hacia esas personas que cuidaban de mí día a día y que me daban fuerzas y motivos para seguir luchando. ¡Qué importante era tener vocación en ciertas profesiones! Esperaba haber sido buena paciente para ellos y que hubieran recibido todo el cariño y agradecimiento que sentía.

## 5

Las puertas correderas se abrieron ante mí. Sergio nos esperaba en el coche con una enorme sonrisa. Emily estaba a mi lado, sujetándome. Tomé una enorme bocanada de aire fresco antes de abandonar el hospital:

-¡Bienvenida vida!

Miré al cielo dando gracias por todo, aunque no era muy creyente, a veces me sorprendía a mi misma agradeciendo de esa manera, era lo que sentía, no sabía si alguien me escuchaba o no, pero realmente en ese momento era algo que necesitaba decir. Daba gracias al cielo por mi vida, aunque se hubiera complicado mucho seguía respirando; gracias por mis amigos, eran los mejores; gracias por mi familia y gracias por las personas que se dedicaban a salvar y cuidar la vida de los demás.

Un escalofrío recorrió de pronto mi espalda y por mi cabeza pasaron imágenes de otro hospital.

-Talara, vamos, Sergio nos espera y no puede parar mucho tiempo.

-Acabo de recordar una de las veces que fui al hospital a ver a mi padre. Qué triste es a veces la vida. Qué triste es a veces recordar. Ahora me da miedo, Emily, posiblemente tenga que recordar muchas cosas desagradables y no sé si seré capaz de soportarlo.

-No estarás sola. De momento me tienes a mí, y cuando regreses a España también estaré, aunque lejos, estaré a tu lado para lo que necesites, siempre, tenemos las video llamadas, los mensajes de texto, las cartas o el mail. Sergio también lo pasará contigo, y tu madre, apóyate en ellos, no te cierres. Recordar es necesario para curar las heridas, para abrir nuevos caminos, para saber quién eres. Verás como todo saldrá bien. Siempre

fuiste una persona fuerte y ahora tendrás que demostrártelo a ti misma.

Emily me abrazó y besó mi frente.

-¡Cuánto te voy a echar de menos, Talarilla!

Antes de salir me había despedido de todo el personal sanitario que de una manera u otra se habían preocupado de que todo saliera bien, o de hacerme sentir bien. Todos los trabajadores son importantes en un hospital, del primero al último, cualquiera podría hacerte sentir mal, y de la misma manera cualquiera podía hacer tu estancia más agradable, y yo no podía quejarme de nada, todo lo contrario, tenía mucho que agradecer.

Qué importante era tener un apoyo en la vida, sentirse querido, saber que pasase lo que pasase siempre habría alguien dispuesto a tender su mano hacia ti. No siempre ese apoyo tenía que venir de alguien muy cercano, pero lo importante era tenerlo, sentirlo. Para avanzar, a veces, necesitábamos ir de la mano de alguien que no nos soltara, que permaneciera. Tenía la suerte de contar a mi lado con personas así, dispuestas a no dejarme caer. Yo siempre decía que ese sentimiento se podía tener de la misma manera con personas a las que no conocías físicamente, pero con las que habías pasado muchas horas hablando, contando, escuchando, en una palabra, sintiendo. Las redes sociales favorecían el poder estar cerca de muchas personas a las que no habías visto, pero a las que sentías. Era peligroso, lo sabía. Si teniendo al alcance de tu mano toda la información, como era el día a día, podías no conocer a las personas, cuando esa información era tu cerebro el que la completaba, era más fácil el engaño, pero aún así, yo había sentido cariño por muchas de esas personas que había detrás de esos avatares. De un modo u otro todos necesitábamos cariño, necesitábamos que alguien nos escuchara. El mundo real a



veces podía resultar agotador y tener como vía de escape una red social, poder acercarte a otras personas aunque sólo fuera unos minutos, a leer lo que pensaban y sentían, te hacía sentir que no estabas solo, y eso realmente era importante. Después de pasar por alguna situación traumática, uno llegaba a su casa y una vez que cerraba la puerta, la soledad podía caer y aplastarlo, las redes sociales podían conseguir que eso no sucediera, podían ser un apoyo en determinados momentos en los que lo importante era pensar que no estábamos solos.

Sergio conducía y yo lo miraba desde el asiento del copiloto, tenía un impresionante perfil. Podía haber olvidado muchas partes de mi vida, pero recordaba los sentimientos, lo que sentía, lo que me hacían sentir y eso era un buen comienzo. Acaricié su mejilla y se me erizó la piel.

-Talara no me distraigas, es peligroso, voy conduciendo por la izquierda y eso necesita toda mi atención.

-Es verdad, lo había olvidado.

Emily, desde el asiento de atrás lo iba guiando.

-Vamos a ir a una de las playas que más te han gustado. El pobre Sergio aún no ha visto nada, sólo conoce el hospital y mi casa.

## 6

Acabábamos de aparcar en Grange. La entrada al aparcamiento estaba rodeada de palmeras. Antes de entrar en el jetty había un bar con una terraza en la que alguna vez ya habíamos entrado a tomar algo. Llegamos hasta el final del jetty, el banco estaba ocupado por los aparejos de pesca de varias familias. El día era magnífico, el mar brillaba y el sol me daba en la cara, una sensación que hacía tiempo no sentía y que recordaba perfectamente. Al volverme hacia Emily vi, en la playa, el grupo de casas antiguas que caracterizaba Grange y vinieron a mi mente sensaciones de haber estado anteriormente.

-¡Mi playa favorita! Ahora recuerdo, Emily. hemos estado varias veces por aquí, el jetty, los restaurantes, las palmeras, lo recuerdo todo y con una sensación muy agradable.

Abrí mis brazos al cielo y después los abracé a los dos.

-¡Gracias! ¡Gracias por permanecer a mi lado!

-Talara, por Dios, vas a hacerme llorar.

Regresamos hacia el bar que estaba pegado a la playa y allí comimos, respirando aire puro. Sergio estaba emocionado. Llevaba un par de semanas por estas tierras pero no había visto nada.

-Voy a coger los billetes para ir a la isla y voy a reservar las habitaciones en el hotel.

Mi excitación iba en aumento, estaba encantada de haber salido por fin del hospital y de regresar a casa de Emily. En cuanto abrimos la puerta Spike vino como un loco hacia mi, moviendo el rabo, dando saltos, lamiéndome, dando vueltas, rodeándome, y vuelta a saltar, no se separaba de mi lado, era como si supiera perfectamente lo que me había ocurrido.

-¡Spike!

Había recordado su nombre sin necesidad de que nadie me lo apuntara, eso había sido una muy buena señal. Lo acaricié como pude, pues no paraba de moverse y dar vueltas, ladrando y saltando, moviéndose sin parar hasta que me caí de culo y se puso encima, lamiéndome la cara.

-Para, por Dios, Spike, para, déjame ya.

Conseguí con esfuerzo ponerme en pie e ir a saludar a los padres de Emily que esperaban riéndose.

-Nos alegramos de verte tan bien. Estuvimos muy preocupados por ti. Os hemos preparado la habitación. ¡Bienvenidos, de nuevo! Dame un abrazo, anda.

La madre de Emily, Carmen, era muy cariñosa, me abrazó aplastándome contra su pecho de tal manera que casi me corta la respiración.

-Vas a ahogar a la niña, déjala ya, mujer.

Ahora era su padre el que me abrazaba.

-¡Bienvenida!

Volví a recordar que uno nunca está mejor que en medio de los brazos de las personas que le quieren. Me sentía tan querida que no sabía cómo podría devolverles tanto cariño.

Esa noche dormí fenomenal, no así Sergio, seguía preocupado, se lo notaba.

Por la mañana Emily nos recibió emocionada en el jardín, había preparado un magnífico desayuno.

-En dos días nos vamos a Kangaroo Island. Ya he reservado todo. Prepárate Sergio a disfrutar con nosotras un magnífico viaje, es una isla muy representativa, no quiero adelantarte nada, prefiero que lo disfrutes cuando lo tengas delante.

Esos días Sergio no paraba de hablar con España intentando arreglar todo para mi vuelta, en un par de semanas tendríamos que regresar, pero yo no quería pensar en eso todavía, quería vivir el ahora, el momento, intentar recordar lo máximo posible

de mi estancia aquí. Emily no había querido enseñarme las fotos de nuestro viaje juntas a la isla, prefería ver nuestra reacción al llegar.

Salimos temprano de casa, Emily conducía, yo iba detrás relajada, intentando reconocer los paisajes. Llegamos a tiempo a coger el ferry, el viaje lo hicimos fuera, disfrutando de la buena temperatura, las vistas, el sol en la cara... Al atracar y bajar del barco con el coche un montón de imágenes comenzaron a agolparse en mi cabeza. Cuando bajamos del coche, delante del hotel, el mismo al que habíamos ido la vez anterior, me agarré a la cintura de Sergio.

-Te va a encantar, ya verás.

Emily lo tenía todo planeado, minuto a minuto, para no perder nada de tiempo. Más o menos, me dijo, íbamos a seguir el itinerario de la vez anterior, sería lo mejor y a mi me parecía estupendo. Paseamos por el bosque que rodeaba el hotel y en el que vimos algún canguro, un par de equidnas. Sergio estaba feliz y emocionado, se lo notaba, es lo que pasaba cuando te encontrabas por primera vez ante estos animales en libertad. Antes de entrar en nuestra habitación nos llamó la atención un grupo de personas que estaban mirando a lo alto de un eucalipto.

-Seguro que hay un Koala, vamos a ver.

Efectivamente, al llegar comprobamos que había una mamá koala con su cría en la espalda. Sergio estaba boquiabierto, con una sonrisa que le ocupaba la cara. Con mi móvil immortalicé el momento.

-Mira, pareces un niño.

Sergio seguía sonriendo. Me agarró de la cintura, Emily sonreía.

-Nos aseamos y vamos a cenar, ¿vale? Pensad que mañana será un día de no parar.

Dejamos a Emily en su habitación y nosotros fuimos a la nuestra. Sergio estaba feliz. Se acercó a mi y me abrazó, nos besamos durante largo tiempo. Sus manos comenzaron a abrirse camino en mi cuerpo. Me dejaba llevar por las sensaciones que entendía que no eran nuevas para mi. Escuchamos unos golpecitos en la puerta.

-Chicos, eh, chicos. ¡Hay que ir ya, es tarde!

Nos miramos, reímos y fuimos hacia la puerta.

-Venga, ya es hora.

-Un momento, tengo que pasar por el baño.

-¿Qué estuvisteis haciendo? Bueno, mejor no pregunto. Daos prisa o perderemos la reserva.

Después de cenar nos despedimos de Emily hasta el día siguiente, tendríamos que madrugar y quedó en llamarnos por teléfono para avisarnos.

Entramos en la habitación y Sergio no me dio tiempo ni a dejar el bolso en la silla, me arrimó a la pared, tomó mis manos entre las suyas las elevó y las llevó detrás de su cabeza. Comenzó a acariciarme con prisa, con impaciencia, me besó con fuerza, mi cuerpo respondía, se dejaba llevar y me gustaba, en mi cabeza aparecía una cabaña en un lugar apartado, la misma escena, o parecida.

-No sabes cuánto deseaba hacer esto.

Me llevó en brazos a la habitación, miraba sus ojos y me gustaba ver la manera en la que me miraba, me dejó sobre la cama y comenzó a desnudarse, yo lo miraba como si fuese la primera vez y de alguna manera lo era.

-Vamos ven.

Lo necesitaba a mi lado, no podía esperar. Se acercó a mi y comenzó a desprenderme de mi ropa, acariciándome suavemente, sin brusquedades, besando cada trozo de piel que quedaba al descubierto, tocando, buscando, encontrando. Sentía la impaciencia de su cuerpo, la impaciencia del mío, la necesidad, el deseo, la respiración cada vez más acelerada. Lo besaba, le mordía, me agarraba a él con fuerza, con ansiedad de meses sin su piel, deseaba sentirlo, lo envolví con mi cuerpo, lo abracé con mis piernas y lo sentí en mi, toda la pasión del amor contenido, del deseo de la espera, de la angustia de la vida, en mi abrazo, en nuestro abrazo, dando vuelta sobre la cama, él sobre mí, ahora yo sobre él y de pronto la calma, el suspiro, la liberación, el alivio. Los dos exhaustos, los dedos entrelazados,

un beso en la frente, mi cabeza en su pecho, escuchando su respiración, el peso de los ojos, el sueño.

-Te quiero.

## 8

Nos despertamos con el sonido del teléfono. Era Emily.

-Si, si, ya casi estamos, danos 10 minutos.

Desperté a Sergio con suavidad.

-Vamos dormilón, tenemos diez minutos para aparecer abajo.

Hay que darse prisa.

Para ahorrar tiempo nos duchamos juntos aunque yo pensaba que no era una buena idea, la ducha no apaciguaba el deseo.

-Vamos, Sergio, estate quieto, Emily espera y es tardísimo.

Conseguimos llegar a penas cinco minutos tarde, Emily esperaba dando golpecitos en la mesa con los dedos.

-Buenos días. Pensé que no veníais, estoy hambrienta.

Después de desayunar salimos en coche y llegamos al Admirals Arch, el día era magnífico, el sol lucía en lo alto y un buen grupo de leones marinos nos recibía con sus gritos.

-Dios mío, aquí ya estuve antes, lo recuerdo.

Emily sonreía encantada. Después de hacernos varios selfies con las típicas poses, volvimos al coche rumbo a las Remarkables rocks. Al verlas de lejos mi corazón dio un brinco. Abracé a Emily.

-¡Gracias! Contigo recordar es como colorear para un niño, algo fácil. ¡Son preciosas!

Sergio estaba maravillado, en la isla se podían ver tantas cosas diferentes en tan poco espacio de tiempo que la sensación era difícil de expresar con palabras.

-Gracias chicas, es impresionante, son magníficas, no encuentro palabras para describir lo que siento.

-¡Vamos a hacernos una foto juntos!

Emily le tendía la cámara a un japonés mientras le decía algo. Nos mandó hacer varias poses y nos colocó delante de diferentes rocas. Debía ser fotógrafo profesional. Cuando nos



las enseñó para preguntarnos qué nos parecían, no pudimos hacer otra cosa que abrazarnos a él, eran espectaculares, los colores, la luz, el encuadre. El hombre se quedó alucinado pero se dejó hacer. Nos despedimos con un par de besos y le dimos de nuevo las gracias.

Cuando llegamos a Seal Bay no tuvimos que esperar a penas, en seguida vino nuestro guía a acercarnos a la playa. Al ver a los leones marinos me emocioné y Sergio también.

-Dios mío, esto no podré olvidarlo nunca.

El guía nos pidió la cámara y nos hizo una foto a los tres juntos abrazados como si fuésemos uno, los leones al fondo. Una pequeña familia pasó muy cerca de nosotros, uno era todavía muy pequeño y tenía una mirada tan tierna que parecía imposible pensar que alguien pudiera matarlos sólo por su piel. Aquí, por suerte, estaban protegidos.

El día había sido agotador. Demasiadas emociones en muy poco tiempo. Cenamos pronto y nos despedimos, al día siguiente habría que levantarse temprano. En cuanto nuestros cuerpos tocaron la cama el sueño se apoderó de ellos. Dormimos plácidamente y esta vez nos despertamos solos. Desayunamos con Emily y fuimos a ver el Little Sahara, las dunas de arena blanca que estaban impresionantes. Visitamos una granja de miel, otra de lavanda, comimos en una pequeña casa y nos acercamos a Kingscote a ver los pelícanos, llegamos con tiempo, cogimos sitio sentándonos en unas rocas, y poco a poco se fue llenando de gente y de pelícanos, uno de ellos casi se come a Sergio al aterrizar, el pobre se llevó un buen susto mientras Emily y yo nos reíamos sin parar. Emily, que lo había visto venir inmortalizó el momento con su cámara. De vuelta al hotel nos quedamos en unas pequeñas mesas que había fuera, en medio de los barracones, y charlando, charlando se hizo de noche. Escuchamos ruidos de animales y fue Emily la que me

avisó del pequeño possum que estaba justo encima de mi cabeza, en una rama baja de un árbol. El balance del viaje, como siempre había sido más que positivo.

-Después de todo me iré de Australia con la sensación de haberla disfrutado.

Al día siguiente en el ferry fuimos acompañados por varios delfines que nos regalaron su compañía y nos dejaron disfrutar con sus saltos.

-Emily, gracias por todo lo que has hecho y estás haciendo por mi. Este viaje me ha ayudado a recordar, a mirar con otros ojos, a reconocermé un poco más. En ningún momento he estado mal ni he sentido miedo o angustia por no conocer. Creo que las almas que han estado en contacto alguna vez, siempre se reconocerán y nunca se sentirán solas o desconocidas. Ha sido espectacular, no podría habérmelo pasado tan bien de no ser por ti.

Nos abrazamos y Sergio se alejó de nosotras para darnos intimidad en nuestro sentimiento, poco tiempo íbamos a tener ya para disfrutar juntas. El regreso a España era inminente.

## 9

En una semana estaríamos ya viajando hacia España, habíamos ido al hospital y me habían dado definitivamente el alta, y con ella un resumido historial para que mis médicos supieran qué me había ocurrido, qué me habían hecho, qué medicamentos había tomado y siguieran un poco mi evolución..

Emily había sacado los billetes de avión y sólo quedaba intentar aprovechar el tiempo restante al máximo, sobre todo pensando en lo poco que había visto Sergio. Así que hicimos pequeñas incursiones en la ciudad y sus suburbios para que se familiarizara con la manera de vivir. Algún picnic en campos cercanos a la playa, algún baño relámpago y una pequeña fiesta familiar que Emily nos había preparado haciendo caso omiso de nuestras quejas: sus padres, algún vecino y Thomas y Lucy, que habían estado muy preocupados por mi, y a los que no podía dejar de agradecer su amistad y su cariño, habían sido los invitados. Pese a que Emily los había advertido, Lucy no pudo evitar hablar del momento en el que casi nos matan por mi culpa. Entendí por fin que para Lucy yo era un estorbo y que preferiría no haberme conocido. Thomas se disculpaba una y otra vez, sobre todo al ver mi cara de asombro a medida que ella iba contando la historia que yo había olvidado y ahora aparecía en mi cabeza como si fuese una pesadilla que no terminaba de comprender.

-Thomas, gracias por haber luchado por mi y haberme mostrado tu cariño incondicional aún a riesgo de perder algo tuyo.

Me abrazó con fuerza.

-Ha sido un placer conocerte y estar a tu lado, no tienes la culpa de nada de lo que ha sucedido. Lucy está celosa desde que te conoció, pero no se lo tengas en cuenta.

-No lo haré. Gracias, de corazón. Eres un encanto.

Al día siguiente, muy temprano, partiríamos a Sydney con Emily y de allí a España sin ella. Estaba nerviosa y no podía disimularlo. Los padres de Emily me regalaron una piedra, a modo de colgante, pintada por los aborígenes, puntos de colores formando un corazón.

-Es preciosa, gracias. Gracias por todo, habéis sido como mis padres, no sé cómo podré agradecerlos tanto cariño.

-¡Regresando! Nos ha encantado verte Talara. Emily te echará de menos y nosotros también.

Esa última noche Sergio durmió solo. Cuando todo el mundo se había marchado ya, Emily y yo nos pusimos a charlar tumbadas en un sofá, intentando recordar.

-Pensé que te perdía, Talara. No puedo quitarme de la cabeza el momento en el que te desmayaste. ¡Qué miedo pasé! Estabas blanca, la mirada perdida, no reaccionabas a nada. La ambulancia llegó pronto y me dejaron ir contigo. Temblaba pensando que no te despertarías. Mientras estuvieron los médicos reanimándote, no fui capaz de llamar a nadie. Cada vez que me enfrentaba al teléfono empezaba a temblar. Salieron a decirme que estabas con vida, pero que había que esperar 48 horas a ver si te despertabas. Me dejaron entrar un momento en tu habitación para ver si me tranquilizaba. Acaricié tu mano con miedo a desconectar algún aparato, me senté a tu lado y la besé, rogando a quien fuera que escuchase que no te dejara ir, las lágrimas bajaban por mis mejillas y humedecían tu mano aún atrapada entre mis dedos. Estaba muerta de miedo, todo pasó tan deprisa que no sabía qué pensar. Mi madre tomó el primer avión a Alice Springs para poder estar conmigo. Esos dos días me parecieron una eternidad, una pesadilla. Fue mi madre la que habló con la tuya, yo no tenía fuerzas. Estabas en coma y esperaban que en

algún momento pudieras despertar. Conseguí en unos días que te trasladaran a Adelaide y ahí pude estar un poco más tranquila, apoyada por los míos. El día que despertaste Sergio acababa de llegar. ¡Dios mío! ¡Pensaba que no te iba a recuperar!

Estuvimos hablando casi toda la noche hasta que el sueño se adueñó de nosotras y alguien vino a taparnos para que no cogiésemos frío.

Aterrizamos en Sydney en hora. Volví a sentir la misma sensación que había tenido la primera vez que aterricé en Australia. Sonreí, mi cerebro no funcionaba tan mal a pesar de todo. Me acurruqué en Sergio por un lado y en Emily por el otro.

-Os quiero tanto a los dos. Emily no sabes el daño que me hace pensar que quizás no volvamos a vernos.

-Pues no lo pienses. En cuanto pueda, ten presente que iré a veros. Tengo muchas ganas de volver a España.

Emily nos llevó de nuevo, pero esta vez en taxi, a dar una vuelta por la Ópera y el puente, para que Sergio siguiera maravillándose de Australia. Curiosamente yo aún la recordaba, y nuestro paseo también, igual que la espectacular visita a las Blue Mountains. Sergio estaba como aturdido, entre unas cosas y otras le estaba llegando más información que la que un cerebro normal podía gestionar en tan poco tiempo. Días maravillosos de sol ensombrecidos en un momento por una enorme cortina de lluvia inesperada y pasajera, pero Sydney era así: plácido en un momento y tormentoso en el siguiente. Hicimos la visita obligada a las galerías Victoria, donde aprovechamos para comprar algún regalo y algún recuerdo para nosotros, Sergio seguía fascinado. Visitamos un poco la ciudad, los parques, las calles, el muelle, lo que nos dio tiempo en un día y medio.

Emily nos acompañó en taxi al aeropuerto, ella se quedaría en Sydney por cuestiones de trabajo un par de días más. Las dos estábamos tristes, yo no podía parar de llorar y sabía que estaba preocupando a Sergio. Nos despedimos con un fuerte abrazo. No queríamos soltarnos la una de la otra, siempre nos habíamos sentido bien juntas y ahora estábamos más unidas que nunca.

-Te escribiré y hablaremos por teléfono. Quiero saber cómo evolucionas. Llámame siempre que quieras y me necesites. Te quiero. Cuídate mucho, por favor.

No podía articular palabra, asintiendo con la cabeza me separé de ella en dirección al control, cuando ya estaba a punto de tocarme pasar, volví sobre mis pasos.

-¡Emily!

Corrimos la una hacia la otra con los brazos abiertos. Casi no podía ver, las lágrimas me lo impedían, me abracé a ella largo tiempo, sintiendo su cariño, sintiendo cada latido de su corazón, sintiendo que éramos una, sintiendo que parte de mi se quedaba en ella y parte de ella se quedaba en mí. Mi alma en su alma, mi vida en su vida, mi recuerdo en su recuerdo. Qué curiosa la memoria que nos hacía recordar lo que quería y como quería. Recordaba momentos, sentimientos, pero sobre todo recordaba sensaciones.

-Gracias por todo Emily. Te quiero.

Esta vez ya no miré atrás al irme, ni al pasar el control, no podía, el dolor de la despedida me comía por dentro, me vaciaba, sabía que nunca volvería a encontrar en nadie la amistad que había encontrado en ella.

¿Cómo una vida podía cambiar tanto de la noche a la mañana? Había muchas cosas que se me escapaban, muchas, no las recordaba o mi mente las había escondido, no sabía si para evitarme un mal trago. Al llegar a España tendría que enfrentarme a recuerdos, a situaciones, que no sabía si sería capaz de asumir. Haberme quedado sin trabajo me agobiaba. No estaban las cosas demasiado bien como para encontrar otro como el que había tenido hasta ahora, iba a resultarme difícil, pero esperaba encontrar algo en los próximos meses. Yo seguía siendo de esas personas que aún creían que el trabajo dignificaba, fuera cual fuera, incluso el no remunerado. Ahora conocía a gente que pensaba que lo que realmente dignificaba era el dinero que uno recibía a fin de mes, eso quería decir que las personas que hacían una labor sin recibir nada a cambio, no eran dignas, y en eso no podía estar de acuerdo nunca. ¿Cuántas personas se habían quedado sin trabajo, sin familia, literalmente en la calle por culpa de esta crisis que parecía no tener fin? Las estadísticas metían miedo. Trabajo había, sólo hacía falta recorrer una ciudad para ver cuántas cosas habría que arreglar y hacer, el problema era que no había dinero para pagar ese trabajo, o eso nos decían. Lamentaba enormemente asomarme a ese pozo enorme y a esa desolación que parecían no tener fin y no poder dar una solución. A los políticos se les pagaba por conseguir que las cosas marchasen bien, por sacar adelante proyectos que solucionasen los problemas de los ciudadanos, realmente si no eran capaces de dar esas soluciones deberían irse y no cobrar, sería lo digno, lo esperable, lo que nos exigían a los demás, pero no era así. Ocho años en el gobierno, a continuación asesores de grandes empresas cobrando unos sueldos que no se merecían y que a

más de uno deberían sacarle los colores, y una jubilación millonaria. Era triste pensar que fuera cual fuera el color del partido que estaba en el gobierno las cosas seguían igual. Cansados los ciudadanos de aguantar tonterías y viendo como todo por lo que se había luchado: un trabajo digno, un salario digno, una casa digna, una sanidad digna, una enseñanza digna y una pensión digna caían como un castillo de naipes bajo el soplo de malos gestores que sólo pensaban en su interés particular.

-¿En qué piensas?

La voz de Sergio me devolvió a la realidad del avión. Me acurruqué en él, necesitaba su calor.

-En el trabajo.

-No pienses ahora en eso. Cuando llegemos a casa ya arreglaremos todos los papeles y ya analizaremos el problema. Ahora descansa, no te conviene estresarte.

Nos besamos, y al cabo de un rato me quedé dormida en su abrazo, me sentía cómoda con él. Cuando desperté nos estaban avisando para comer. El viaje transcurrió sin novedad, muchas horas volando, pero esta vez había conseguido dormir bien, quizás la tranquilidad que me daba el tener a Sergio a mi lado. Iba un poco triste por lo que dejaba atrás pero prefería no pensar en eso, tampoco tenía ganas de pensar en lo que el futuro iba a depararme, quizás también por esto el sueño había sido reparador.

Durante todo el vuelo Sergio había ido dándome mimos como si fuera una niña pequeña, pero estaba tan cansada que no me importó, necesitaba su cariño, así que me dejé querer.

Después de aterrizar fuimos a recoger las maletas. Estábamos en España, en casa, y me sentía extraña. Mientras esperábamos, sentí que el mundo se abría bajo mis pies, me agarré a Sergio para no perder el equilibrio. Demasiadas imágenes aparecían y



se agolpaban de pronto en mi cerebro. No llegué a perder el conocimiento, sentía el abrazo de Sergio, no sólo el del cuerpo, también sujetaba mi alma, ahora lo sabía, mis recuerdos, mis sentimientos, mis sensaciones lo envolvían, nos envolvían.

-Vamos a sentarnos mientras esperamos.

Su voz seguía calmada, profunda. Nos acercamos a un banco cercano y allí estuvimos unos minutos. Sergio acariciaba mi mejilla. Cuando sintió que me había relajado un poco tomó mi mano entre las suyas y la besó.

-Tranquila, todo va a salir bien.

Me quedé sentada observando cómo se dirigía a la cinta que transportaba nuestras maletas y las recogía subiéndolas a un carrito, venía sonriendo hacia mi.

-¡Vamos! ¡Estás guapísima!

Le sonreí, me levanté, puse mis manos a continuación de las suyas en el carrito y apoyé mi cabeza en su hombro. Caminamos juntos, pasamos el control, las puertas se abrieron y localicé a mi madre a lo lejos, esperándonos. El miedo había pasado ya, una sensación de paz amainó mi espíritu. Ahora, por fin, sentía que estaba en casa.

Por fin mi madre nos había visto. Se dirigía hacia nosotros, despacio, como con miedo. Solté a Sergio y fui corriendo hacia ella, su cara de pronto se iluminó, apuró el paso hasta que por fin nos encontramos envueltas en un abrazo, todo lo demás desaparecía alrededor.

-¡Talara! ¡Dios mío! ¡Qué ganas tenía de verte! ¡Estás preciosa! ¡Cuánto te he echado de menos!

-¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Era lo único que podía decir, lo único que salía de mi garganta, lo único que afloraba a mis labios, el resumen de todo lo que sentía, todo.

-¡Mamá!

-¡Vamos hija! ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? ¡Ni te imaginas el miedo que he pasado!

-¡Mamá!

La seguía abrazando con fuerza, como si el miedo que sentía a poder perderla me paralizara, necesitaba sentir su calor, debía de estar apretándola demasiado fuerte que de pronto sentí que intentaba separarse de mi.

-¡Vamos cariño! Afloja un poco o me romperás los huesos.

Reía y su risa traía recuerdos a mi cabeza, recuerdos de mi niñez, de un mundo cálido en el que me había sentido segura durante algún tiempo. Permanecí un rato más en su abrazo, me separé de ella y la besé.

-¡Te quiero mamá!

Un profundo suspiro salió del interior de mi cuerpo y las dos comenzamos a reír.

-Anda vamos, Sergio ha ido hacia el coche a dejar las maletas y nos está esperando.

Fuimos hacia el coche caminando sin prisa, agarradas la una a la otra, a lo lejos estaba Sergio metiendo en el coche nuestras equipaje. Al llegar a su altura me abracé a él por detrás, apoyando mi cara en su espalda, terminó de colocarlo todo, se giró hacia mi, me besó los labios.

-Fue la primera persona que vi cuando desperté. Eso debe significar algo, ¿no?

Los tres reímos. Mi madre conducía y yo iba a su lado, mirándola y mirando la ciudad. ¡Qué guapa era mi madre! ¡Qué guapas eran todas las madres! La bondad hacia los hijos, el amor, las transformaba en seres hermosos, estaba segura, les salía por cada poro de la piel y las volvía hermosas.

-¿Cómo ha ido todo por Australia? ¿Cómo está Emily?

-Todo bien, mamá. Emily como siempre: ¡un encanto! Te manda recuerdos.

-Y tú, mi niña, ¿cómo estás tú?

-¡Ahora un poco mejor!

-Bueno, ya tendremos tiempo de hablar de todo. Os llevo a casa, os dejo que descanséis, seguro lo necesitáis, y mañana será otro día. Os he comprado unas cosillas para que no tengáis que pasar por el súper.

Nos ayudó con algún paquete. Subimos a casa. Sergio metía las maletas mientras yo acariciaba las paredes que me daban la bienvenida al hogar, fui una por una pasando por todas las habitaciones, tocándolo todo con mis dedos, buscando y sintiendo recuerdos. Al llegar a la que Sergio y yo habíamos compartido durante nuestra convivencia, me sentí de pronto protegida, imágenes buenas y malas pasaban por mi cabeza, atrapaba las buenas y dejaba escapar las malas. Volví y mi madre colocaba lo que había traído en las alacenas.

-Prepararé un café.

Sentados en el salón le contamos por encima cómo había transcurrido el tiempo en el hospital, lo bien que se habían portado conmigo Emily y sus padres, mi recuperación, nuestros viajes, el avión...

-Me voy ya, dejo que os asentéis y mañana, con calma, seguimos charlando.

Se levantó y nos abrazó.

-Te quiero, mi niña. ¡Me alegro tanto de tenerte, por fin, en casa!

Salió y Sergio y yo nos quedamos solos, nos tumbamos en el sofá, juntos, abrazados, mi cabeza en su pecho, él acariciando mi pelo. Sergio había puesto el disco que me había regalado poco antes de irme a Australia: "Songs of love and hate" de Leonard Cohen, comenzó a sonar el "Hallelujah" y empecé a llorar.

¿Cuántos significados podía tener una canción? Dependía casi siempre del momento en el que la habías escuchado por primera vez, de tu estado de ánimo, de la compañía, de lo que te hubiera hecho sentir, que no siempre iba acorde con el significado de la letra, y habitualmente no significaba lo mismo para todo el mundo, ni siquiera para las personas que la habían escuchado juntas. La música siempre había jugado un papel importante en mi vida porque siempre había estado presente en ella, lo mismo que el mar, significaba paz para mi espíritu. Esta vez me estaba dando la bienvenida, me infundía alegría por dejar todo atrás, por dejar de lado el sufrimiento, por tener a Sergio a mi lado. Me ofrecía la felicidad por el amor, por los amigos, no podía prestar atención a la parte dedicada al sufrimiento. Sabía que había tenido suerte al haber encontrado a personas maravillosas y poder contar con ellas a pesar de todo, era en estos momentos cuando me daba cuenta de lo que valía realmente la amistad. Esta canción me hacía sentir por fin en casa, en mi hogar, alegría por haber regresado, por estar viva y por tener personas a mi lado a las que quería con toda mi alma.

Poner un pie en la calle hizo que me notase un poco desprotegida. Iba con Sergio y eso me daba algo de seguridad. Llegamos a casa de mi madre y allí me esperaban las cosas de mi oficina, ella había tenido que pasar a recogerlas o de lo contrario las habría perdido, la policía había cerrado todo, habían permitido a los trabajadores ir a por sus pertenencias una vez comprobado que no eran necesarias para la investigación. No me cabía ninguna duda de que para ella había tenido que ser muy duro, pero de momento habíamos

evitado el tema. Mi madre aparentaba fortaleza, pero estaba segura de que en algún momento todo le iba a pasar factura.

Delante de un buen plato de caldo decidimos ir a pasar la semana a la casa familiar. Mi madre y yo cogíamos el tren. Sergio vendría a pasar el fin de semana con nosotras y regresaríamos el domingo en su coche.

-Talara. ¿Crees que es buena idea? ¿No es algo pronto? Podías darte algo más de tiempo, no sé, un par de semanas quizás.

-Entiendo tu preocupación Sergio, pero creo que cuanto antes me enfrente a ciertas cosas, antes podré seguir con mi vida. Va a ser positivo para mí, estoy segura, tengo buenas vibraciones. Necesito esto. No puedo ser sólo partes de una historia, me urge reorganizar el puzzle que habita en mi cabeza, saber quién soy, quién fui.

Necesitaba cuanto antes enfrentarme a los recuerdos de mi niñez, estar con mi madre, hablar con ella de todo lo que había pasado, de cómo se sentía, de cómo me sentía. No iba a ser fácil, pero comenzaba a verme un poco fuerte y con ánimos de enfrentarme a mi vida. Al regresar comenzaría a mirar ofertas de empleo. Me había enterado, por Sergio, de que alguno de mis compañeros de trabajo ya se habían recolocado en otras empresas, otros habían ido a trabajar a Alemania, a Irlanda, y los que habían pensado irse a EEUU estaban un poco pendientes de los acontecimientos. Sergio había arreglado mis papeles mientras había estado enferma, pero ahora tenía que ir yo a firmar y a terminar de arreglar todo lo referente a la Seguridad Social, al paro... Me daba un poco de miedo enfrentarme a ciertas cosas, sabiendo que a veces, podría encontrarme con alguna persona borde que me hiciera tambalear la autoestima y las ganas de luchar, era un momento delicado en mi vida.

Mi madre pasó su brazo alrededor de mis hombros y me estrechó con fuerza.

-Tranquilo Sergio, estaremos bien.

Mi madre y yo cogimos un taxi para llegar a la estación, pues Sergio trabajaba y no podía acercarnos. Entramos en un vagón en el que prácticamente íbamos solas. Recordaba perfectamente lo que me gustaba viajar en tren, la sensación placentera que me daba ir sentada y relajada mirando el paisaje o leyendo, me sentía arropada y feliz.

-¡Me gusta viajar en tren! Me encanta el olor, el calor... me siento bien.

-Cuando eras pequeña lo utilizábamos mucho. A tu padre también le encantaba. De no haber sido piloto estoy segura hubiera sido maquinista.

Las dos reímos al recordarlo, aunque la sonrisa de mi madre pronto desapareció nublándole la mirada.

-Siento que os he traicionado a los dos.

-¿Cómo puedes decir eso?

-No tenía que haberme fiado de Javier.

-¡Era vuestro amigo desde la niñez!

-¿Cómo pude fiarme de él?

-No le des más vueltas, mamá. No puedes culparte de los que otros sientan o hagan. ¡Es absurdo! Cada uno tiene que cargar con sus culpas, no con las de los demás.

-Me fiaba tanto de él... Pensé que nos quería, a ti y a mi, y por supuesto a tu padre... ¡Pero qué equivocada estaba! ¿Cómo pude pensar en algún momento que podría sustituirlo?

-Mamá... No es sustituir, es intentar vivir acompañada, compartir la soledad. Te apoyé porque yo también creía en él, en que nos quería, nos apreciaba. Pero te repito que ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que ha pasado. Su avaricia y su deseo de poder es lo que ha terminado con sus huesos en la cárcel y gracias a Dios no se ha salido con la suya.



-Jamás podré agradecerle a Sergio lo suficiente todo lo que ha hecho y hace por nosotras. ¡Qué suerte has tenido al encontrar a alguien como él!

-Es... un ángel, mi ángel guardián.

Al pronunciar esas palabras no pude evitar emocionarme.

El tren se puso en marcha y mi madre se acurrucó en mí, desprotegida, con necesidad de saberse querida, con necesidad de calor. ¿En qué momento comenzaban los padres a necesitar el amparo de sus hijos? Por primera vez la veía mayor, cansada, vulnerable y eso me entristecía. El reconocer a las personas que te han servido siempre de guía, de pilar como indefensas o frágiles, era lo que te hacía recordar el paso inexorable del tiempo. La vida caminaba implacable mostrando pequeñas señales a modo de pliegues en la piel, de pequeños olvidos en la memoria, recordándonos que aunque nos sintiéramos igual, habíamos cambiado

El viaje se hizo corto, charlamos de las amistades, de los lugares por los que íbamos pasando, de la vida en general, de cosas banales, pequeños detalles superficiales, con miedo, quizás, a abordar ciertos temas sin tener la intimidad necesaria que requerían.

Cuando nos bajamos del tren respiré profundamente y mis pulmones no sólo se llenaron de aire, también se llenaron de recuerdos, de caricias, de despedidas, de calor y dolor, de mucho amor. Esa estación de tren había estado ligada a mi vida, a los días de juventud, a mi pandilla, a mi familia. Me hacía regresar al pasado, a unos años en los que sentía, había sido muy feliz. Poco a poco se iban dibujando en mi cabeza retazos, imágenes de vida, de mi vida, recuerdos de juventud y niñez, que me habían hecho ser la mujer que ahora era.

El taxi nos dejó en casa. Al abrir la puerta sentí cómo mi corazón latía más fuerte. Buscaba con mis cinco sentidos algo

que avivara mis recuerdos, pero no encontraba nada. El olor que llegaba a mi no era el olor que recordaba, cada familia tenía su olor, siempre había sido consciente de ello, pero esta vez no reconocía el nuestro. Las cosas ya no estaban en su sitio, algo había cambiado, en el perchero ya no estaba el abrigo de mi padre. Era como si el pasado hubiera desaparecido. Me replegué sobre mí misma, cayendo con suavidad hacia el suelo, comenzaba a llorar de tristeza, de desamparo, no encontraba nada de lo que aparecía poco a poco en mi cabeza, no reconocía y al no reconocer me embargaba una profunda tristeza y desesperanza, una angustia que me impedía respirar. Sollozaba cuando mi madre se acercó a mí.

-Está algo distinto, lo sé. Hicimos algún cambio... Javier se empeñó... yo lo dejé hacer...

-Es como si nunca hubiera pasado por aquí, mamá. Es como si nunca hubiera sido mi casa, es..., es... la oscuridad más absoluta, el vacío más incierto..., no sé si voy a poder permanecer aquí. Necesito recordar, mamá, necesito saber quién soy, de dónde vengo, lo que sentía... no sé... Esperaba que esta visita pudiera ser una ventana a mis recuerdos, una luz, y siento... como si estuviera adentrándome en la más profunda oscuridad.

Tomó mi mano entre las suyas, la acarició e hizo que la siguiera.

-¿A dónde vamos?

-¡Shhhh!

Salimos al jardín y se paró delante de lo que ella siempre había llamado la casa del jardinero. Nunca había vivido nadie en ella, pero mi madre siempre había guardado sus recuerdos allí, y ahora aparecían imágenes que me recordaban mi niñez.

-Me gustaba venir aquí, ¿verdad?

-Si, te encantaba entrar y jugar con mis cosas, te disfrazabas con todo lo que encontrabas. Era tu mundo mágico.

Se acercó, introdujo la llave en la puerta y la abrió. Se apartó hacia un lado y me cedió el paso, para que fuera yo la primera en entrar. Me dio un vuelco el corazón, cerré los ojos para ver, para mirar en mi interior, y respiré profundo, como sólo se respira cuando te falta aire, como sólo se respira cuando necesitas regresar, como sólo se respira al recordar. Una sonrisa iluminó mi cara y sentí un mundo de mariposas revolotear a mi alrededor, ascendiendo hacia mi cabeza, volando cerca, como esas imágenes de película de dibujos. Regresé a mi niñez, a mi juventud, a mi familia, a mis amigos. Regresé a esa época feliz, en la que no eres consciente de que lo eres, ni de que fuera de tu mundo hay otro mundo, ni de que en cualquier momento todo puede desaparecer y cambiar. Regresé a mi hogar. Y al regresar comencé a recordar.

Los objetos, las fotos, pero sobre todo el olor eran familiares. Mis ojos acariciaban cada uno de los objetos de la pequeña casa y mis manos iban detrás. Me sentía inmersa en un cuento mágico, en un país de duendes y hadas, en ese país donde habita siempre la niñez.

Había tenido una infancia feliz, por momentos algo complicada, pero la alegría había rondado siempre mi casa. Mis padres se habían querido mucho, habían tenido sus discusiones pero nada fuera de lo normal. Había crecido rodeada de personas mayores que habían jugado conmigo, me habían contado historias y me habían querido. Eso, pensaba, había influido mucho en mi manera de ser, de ver el mundo, de abrirme a la vida. Ahora comenzaba a entender por qué a veces sentía que esta no era mi época, no era mi generación. Mi personalidad tenía mucho que ver con el cariño que me habían dado mis mayores y quizás con su protección. Me fiaba demasiado de la gente y eso no siempre era bueno.

Encontrarme con tantos elementos que me eran familiares me hizo comprender el dolor que había acompañado a mi madre en estos últimos años, y el sufrimiento que había intentado evitarme sin éxito. Lo había guardado todo. Toda una vida, o dos, o tres, reducidas a los objetos atesorados en dos pequeños espacios de una pequeña casa de jardinero. Todo estaba allí. Había intentado colocarlo casi como estaba en la casa antes de comenzar su vida con Javier. Incluso el perchero con el abrigo de mi padre al que yo siempre me dirigía a saludar desde su falta ocupaba un lugar privilegiado en la estancia. Al verlo me volví hacia mi madre y la abracé como sólo los hijos saben abrazar, intentando mostrarle todo mi amor y mi apoyo, toda mi alma.

De nuevo unidas por la emoción, por la nostalgia de saber que aquellos maravillosos años de vida familiar no volverían jamás. El paso del tiempo no sólo nos iba dejando arrugas y cicatrices en la piel, también iba marcando nuestras almas.

Mi memoria regresaba poco a poco, quizás algo selectiva, a medida que iba descubriendo antiguas cosas. Los recuerdos se amontonaban por momentos. Me gustaba acercarme cada mañana a la pequeña casa pensando encontrar nuevas revelaciones. A medida que iba abriendo cajones, ojeando libros, mirando fotos, me adentraba en nuevos recovecos de mi vida, ventanas abiertas hacia el pasado que quizás antes del accidente, tampoco recordaba. Me gustaba lo que iba apareciendo ante mis ojos, en mi memoria. A veces, con solo una minúscula pincelada descubría un mundo de sensaciones y sentimientos hacia personas y lugares que habían ocupado gran parte de mi vida.

En cajas de cartón perfectamente ordenadas estaban guardados parte de mis dibujos y escritos de cuando era pequeña, regalos del día del padre o de la madre hechos con todo el amor del mundo que me hacían entender lo mucho que me habían querido mis padres. Juguetes que habían sido compañeros de horas y horas de distracciones, ahora funcionaban como pequeños faros que me ayudaban a volver a mi hogar, a recuperar mi vida. Qué importante era recordar, poder acariciar mi pasado a través de pequeños objetos que habían sido realmente significativos en aquellos momentos de mi corta existencia, saber que pertenecía a una familia, a un lugar, encontrarme en cada cosa que acariciaba o que me acariciaba la memoria, y en cada pequeño detalle descubrir una historia.

Mi madre se acercó a mi con una caja entre sus manos.

-Ten cariño, mira esto.

Al abrirla descubrí un sinfín de fotografías en las que el tema principal era yo.

-Cuando ordené las cosas de tu padre las encontré, sabía que las guardaba con la intención de hacer un álbum y regalártelo en un momento especial.

Se sentó a mi lado y comenzamos a verlas y a hacer comentarios de la fecha, de lo que representaban, de quién aparecía. Los recuerdos se abrían camino como un reguero de pólvora al prenderle fuego. Nos reímos, nos reímos mucho, nos abrazamos, nos dábamos pequeños empujoncitos cariñosos cuando descubríamos una foto especial. ¡Cuántas caras, cuántos amigos, cuántos juegos!

-Esto sucedió en... ¿te acuerdas? Este se llamaba... ¿cómo era...?

De pequeñas preguntas surgían grandes historias. Muchas de las fotos estaban marcadas por la parte de atrás con la letra de mi padre, indicando el lugar, la fecha y a veces el nombre de alguna de las personas que aparecían en ellas. Me gustaba reencontrarme con la letra de mi padre, era preciosa, y siempre me llevaba al momento en el que escribía mi nombre sobre los libros de texto o sobre algún papel que hubiera que rellenar.

Pocas cosas se necesitaban para abrir la puerta al pasado y recordar. Lo estaba haciendo realmente bien. El cariño que estaba recibiendo de mi madre significaba mucho para mí. Las fotos me hacían recordar pequeños instantes en los que era uña y carne con mi padre, conversaciones privadas entre los dos en las que no dejábamos participar a mi madre.

-¿Te sentiste excluída alguna vez?

-Cariño, ¿cómo puedes decir eso?

-Mamá, a veces papá y yo evitábamos hablar de ciertas cosas contigo porque sabíamos que no las ibas a entender.

-Mi niña, lo sé y lo sabía entonces. Me encantaba veros hablar con esa complicidad que quizás nunca tuviste conmigo, pero no podía tomarlo a mal, os quería demasiado.

-Gracias mamá.

La abracé con fuerza para hacerle saber todo lo que sentía y lo importante que era para mí. Gracias a su esfuerzo estaba empezando a entender quién era y hacia dónde iba. Enfrentarme de nuevo a mi vida era un reto que, ahora sabía, podía hacer en su compañía.

-Tómate el tiempo que necesites, no tenemos prisa. Sigue mirando y buscando. No tengas miedo en preguntarme cualquier cosa que pueda servir para traerte de vuelta. Eres lo más importante en mi vida, cielo. Voy a seguir con la comida. Mi madre salió de la instancia, me quedé sola y suspiré. Tenía que encontrar parte de mi pasado para poder seguir caminando, así que me lancé a investigar el contenido de la siguiente caja.

Poco a poco iba recuperando mi vida, mis recuerdos. ¡Qué importante era recordar! Gran parte de lo que era y de lo que sentía era gracias a lo que había vivido. No sabía muy bien cómo, pero todo eso seguía en mi, incluso aunque no lo recordara, era como si el cuerpo, o como si el alma, de alguna manera tuvieran sensaciones de lo ya vivido. Sentía, en cada fotografía, en cada dibujo, en cada pequeño detalle, que mi vida iba fluyendo y de nuevo perteneciéndome.

Por el trabajo de mi padre habíamos tenido que ir y venir entre ciudades y nuevos destinos. La casa familiar permanecía, pero con tanto cambio era difícil conservar a los amigos. Al ver las fotos comprendía que la vida iba pasando y a nuestro paso íbamos dejando pequeñas huellas en las personas que nos habían ido acompañando, y nunca sabríamos hasta qué punto habríamos marcado sus vidas y sus sueños. Pero lo que yo sí sabía era qué personas habían sido importantes para mí, qué amigos seguían a mi lado caminando, aún en la lejanía, aún sin vernos, a penas unos mensajes por whatsapp, alguna llamada de teléfono, pero lo que se movía por dentro al recordar a una persona, al pensar en ella, eso era lo que marcaba la diferencia. Reconocía, al ir recordando, la suerte que había tenido en algunos momentos de mi vida, pues en mi camino me había cruzado con personas maravillosas, que me habían querido y me seguían queriendo, a pesar de los años, a pesar de las distancias, a pesar de la vida. Quizás las almas se pertenecían, quizás las almas permanecían entrelazadas, quizás las almas... Era difícil recordar, o más bien era duro. Los sentimientos a flor de piel mostraban a veces la crueldad de los recuerdos, unas veces por el dolor recibido y otras por el dolor infligido sin ser conscientes del daño. A medida que en mi mente se



abría paso lo vivido, mi alma se encogía por no verme ahora como me reconocía antaño. Había amado demasiado, había sentido inmensamente, había sufrido mucho, pero todo había tenido su recompensa, los amigos de verdad también habían sufrido, sentido y amado con nosotros y viajaban con nosotros, porque los llevábamos en el recuerdo, en el pensamiento, en el alma.

La niñez, la adolescencia, ese pequeño espacio de tiempo que ocupaba una eternidad en el recuerdo, esa época en la que todo sucedía por primera vez y todo se sentía tan profundamente que permanecía en la memoria aún siendo tan lejana en la distancia. ¿Por qué se perdía con los años la inocencia? ¿Por qué se perdía esa manera de querer sin medida, de creer sin límites, de amar la vida? ¿Por qué se perdía?

A medida que iba recuperando los recuerdos, el vacío interior que sentía se hacía cada vez más y más grande, más intenso, más oscuro. ¿Todo eso lo había vivido yo, lo había sentido yo?

Recibí un mensaje de Sergio en el móvil que me hizo regresar al presente. Me enviaba un enlace al tema de Julio Iglesias con Pablo Alborán: "Amanecí en tus brazos"

- "Espero lo disfrutes, mañana nos vemos amor"

Sergio acababa de llegar y yo lo esperaba apoyada en el marco de la puerta de la entrada mientras veía cómo bajaba la maleta de su coche.

-¿No piensas venir a ayudarme?

Corrí hacia él y lo abracé.

-¡Claro!

Nos besamos, me tendió un ramo de flores silvestres.

-Ten, tus preferidas.

-¡Me encantan!

Agarrados de la cintura caminamos hacia la casa donde mi madre esperaba sirviéndonos un sabroso y fresquito albariño. Sergio acomodó sus cosas y de nuevo me agarró de la cintura mientras tomaba con su mano libre la copa que yo le tendía.

-Brindemos por los buenos tiempos y las buenas personas.

Chocamos nuestras copas y bebimos.

-¿Qué se cuece por la ciudad?

-Lo de siempre.

-¿Hay alguna novedad sobre el caso?

-Si, pronto empezará el juicio. Sofía quieren que testifiques.

-Sergio... habíamos quedado...

-Lo sé, pero si queremos ganar el juicio...

-No sé si seré capaz de hacerlo, con él delante.

-Piénsatelo. He hablado con tu abogado y cree que es lo mejor.

-¿Sabes lo que me pides, Sergio? Mi vida giraba entorno a él.

-Tranquila mamá, yo estaré para apoyarte en lo que decidas.

-Cielo, tengo claro qué es lo importante, y lo que más me importa en estos momentos eres tú y tu memoria. Si es necesario que testifique para ganar el juicio, lo haré. Intentó matarte, ¿recuerdas? Es solo que con él delante me costará más.

Sergio nos contó cómo iban las cosas, lo que había ocurrido en estos días. Estaba tranquilo, confiaba en la justicia.

-Y ahora contarme vosotras, ¿cómo van esos recuerdos?

-Sergio... Me duele tanto a veces recordar, no sé qué me está pasando. Descubrir mi vida a través de otros ojos me hace sentir vulnerable, unas veces me reconozco, pero otras... ¿Hasta qué punto, lo que recordamos es lo que ha ocurrido de verdad? He visto fotos, leído papeles, apuntes de una vida, de mi vida, que a penas recuerdo. Me encanta encontrarme con antiguas cartas de amigos de la niñez, me doy cuenta hasta qué punto me querían y cómo los quería yo. Es curioso cómo cambian los recuerdos, la misma escena contada por dos personas distintas se convierte en diferentes historias. ¿Por qué no recordamos lo mismo, las mismas cosas? ¿Por qué es todo tan diferente para unos y para otros? De una misma vida se podrían escribir decenas de libros, pero a mi me gustaría leer sólo uno que estuviese bien claro.

Sergio me miraba y se reía. Me abrazó.

-Cariño el punto de vista de la historia cambia según quién sea el narrador, y depende de muchas cosas. Trata de recordar poco a poco, no tengas prisa.

-Ya recuerdo muchísimas cosas, es más, creo que puedo decir que he recuperado una parte muy importante de mi vida en estos días. Me he visto a través de los ojos de mis padres y a través de los míos propios, reviviendo historias a través de los objetos guardados por mí y por ellos. Estoy satisfecha con los progresos. He estado con un par de amigos de entonces y la verdad que me he emocionado, los he reconocido, me acordaba de sus nombres y de parte de las historias que me contaban, incluso he podido aportar pequeños detalles.

-El médico ya lo dijo, tus recuerdos están ahí, sólo tienes que querer recuperarlos.

Mi madre entró horrorizada y nerviosa.

-Talara... tu caso... Dios mío... está saliendo en la tele.

Era cierto. Salíamos en las noticias. Como bien nos había contado Sergio, el juicio comenzaría pronto, y no sabía si estaba preparada para enfrentarme a todo lo que me habían contado que había sucedido. Tener que enfrentarme cara a cara con personas que habían formado una parte importante de mi vida y acusarlas de querer asesinarme me iba a costar más de un disgusto, estaba segura. En la televisión estaban saliendo sus caras y contaban de manera muy reducida parte de los hechos que me habían ocurrido en estos dos últimos e intensos años de vida que para mi seguían bajo una inmensa nebulosa.

-Mis amigos, los recuerdo perfectamente, Martina y Alfonso, pero exactamente no sé lo que ocurrió.

-Ocurrió que intentaron matarte, que si no llego a estar vigilando lo hubieran conseguido.

Me quedé pensativa un rato.

-¿Bailé para ti, verdad? Palmeras en la nieve era lo que sonaba... Salía de la ducha...

Lo miré con picardía mientras reía nerviosa.

-Por Dios, Sergio. Te necesito para recordar. Baila conmigo, anda.

Me acerqué a él y estaba tan sorprendido que se dejó hacer.

-Talara, no hay música.

-No la necesitamos. "Quién dirige el aire, quién rompe las hojas de aquellas palmeras que lloran. Quién maneja el tiempo que pierden a solas, quien teje las redes que les ahogan, ohohohohohhhh"

-¿Te la sabes?

-Acabo de recordarla.

Bailábamos abrazados, la mirada de Sergio me decía todo lo que necesitaba saber: me amaba. Acerqué mi cara a la suya

hasta que tuvimos que cerrar los ojos, entreabrí mis labios y lo besé como hacía tiempo no besaba y el sabor de sus labios me devolvió a otros lugares, a otros besos, a otros recuerdos.

-Sergio, acabo de recordar tantos momentos a tu lado... tus labios me han llevado lejos...

-Tranquila cariño. Tengo muchos más besos guardados para ti. Una voz nos hizo comprender que no estábamos solos:

-Estoy aquí. Sigo aquí. No me he ido, aunque si queréis me voy, sé dónde sobro.

Mi madre cogió su chaqueta y salió de la casa al tiempo que Sergio me abrazaba más fuerte. Entre sus brazos me sentía segura, sin miedos, sin peligros. Sus dedos recorriendo mi piel, acariciándola, trayendo a mi memoria otros momentos, otras caricias, su piel cálida, su cuerpo.

-Vamos a la habitación.

Tomé su mano y lo guié mientras me hacía arrumacos, besaba mi cuello, mis manos, acariciaba mi pelo. Cerró la puerta en cuanto entramos, me arrinconó contra la pared y me besó suavemente, acarició mi cara, mis labios; mi piel se erizó recordando su tacto, haciendo memoria de su calor, de su cuerpo. ¡Recordaba tantas cosas! Los recuerdos se abrían camino, a floraban en mi, venían a mi cabeza tantas sensaciones antiguas, revivía lejanas pasiones que habían estado escondidas durante demasiado tiempo. Me dejé llevar, él guiaba mis manos, mis labios se hacían eco en su piel, eco de antiguos besos, de antiguos recorridos, de antiguos sabores. Sentía en mis dedos, en su tacto, sentía tanto, sentía tanto que comenzaba a dolerme.

-Sergio, ¿duele el amor?

-Duele y mata, Talara. El amor si es profundo hierde, hierde hasta sentir que mueres.

No recordaba sentir tanto pero de vez en cuando, en mi cabeza, aparecían nuevos recuerdos, o nuevas sensaciones de lo vivido que me hacían sufrir. Sufría recordando, por lo que presentía que había sufrido mucho más, viviendo. Sentir tanto no debía ser bueno.

-¿Suspiras, cariño?

Mi madre acababa de entrar en la cocina.

-¿Tampoco tú puedes dormir?

-Sentí movimientos en la casa y me levanté a ver.

Se acercó a mi y me besó en la frente.

-¿Cómo estás mi niña? ¿Te encuentras bien?

Mientras iba a la nevera la observé y de pronto me dí cuenta de lo que había envejecido mi madre en poco tiempo, la veía encorvada y triste, algo apagada. Demasiados disgustos para una mujer que ha amada tanto a su familia y se ha desvivido por ella.

-Estoy bien, si. Un poco preocupada por los acontecimientos. Se me acaba el tiempo y veo cosas en mi cabeza, aparecen imágenes y voy comprendiendo todo lo que me pasó, pero no alcanzo a ver las razones ni el sentido. A veces no entiendo nada.

-Talara, cariño, eso es normal. Ni tú ni nadie entiende las razones por las que algunas personas se comportan como se comportan. Pero el problema no es nuestro, es de ellos. Nosotros sólo somos responsables de nuestros actos, no podemos echarnos las culpas de los actos de los demás. No intentes entender lo que no tiene una razón lógica. Algunos hombres siguen siendo depredadores a pesar de vivir en el siglo XXI.

-Estoy preocupada, mamá. No sé si podré resistir el juicio.

-Si podrás cariño. Sergio y yo te apoyaremos. Todos estamos de tu parte.

-¿Y tú, mamá? ¿Resistirás?

-No te preocupes por mi, estoy bien.

Se tomó el vaso de leche, me abrazó y salió de la habitación.

-Acuéstate y duerme, anda, cielo, vas a necesitar las fuerzas en estas semanas que se avecinan.

-Te quiero mamá. Que duermas bien.

Sola en la cocina, con mi taza entre las manos y mirando al frente viéndola partir, recordé muchas de las escenas vividas con mis padres en aquella casa. La tristeza comenzaba a adueñarse de mi al ver en lo vulnerables que nos convertía el paso del tiempo, cómo nos doblaba y ralentizaba consiguiendo hacernos sentir sombras de lo que un día habíamos sido. Luchar toda una vida por sacar a una familia adelante, ser fuertes ante las adversidades, educar en el cariño y en el respeto, para terminar viendo como uno de tus mejores amigos había intentado acabar con lo que más habías querido en tu vida: tu hijo. Entendía que mi madre se estuviera hundiendo y lo peor es que también comprendía que intentara disimularlo. Era su hija y estaba luchando por recuperar mi memoria, por volver a la senda, regresar a mi camino, buscar un trabajo y acomodarme un poco en la tranquilidad del hogar. Mi madre había sido siempre una mujer fuerte, pero ahora comenzaba a darme cuenta de que todo en la vida pasaba factura, antes o después se lo cobraba todo y mi miedo era pensar que, al fin y al cabo por mi culpa, estaba sufriendo como nunca y por miedo a hacerme sentir peor de lo que ya me sentía, se lo estaba comiendo todo ella sola. Desde mi regreso de Australia apenas habíamos hablado de su relación con Javier, ni de lo que sentía por su traición. En unos días las dos tendríamos que enfrentarnos a todo lo ocurrido, hacernos cargo de nuestros



errores y asumir las traiciones. Tendríamos que mirar cara a cara a la verdad, aceptar la cobardía de algunas de las personas que habían compartido su vida con nosotras, aceptar el engaño y lo que resultaba más desalentador, aceptar cuán vulnerable era el que más había amado.

Durante el tiempo que había durado el juicio había estado viviendo en casa de mi madre. Sergio tenía mucho trabajo, a penas nos veíamos y mi madre y yo nos necesitábamos, nos urgía estar juntas y apoyarnos. Los últimos días habían sido agotadores, no sólo por tener que encontrarnos frente a frente con las personas que nos habían traicionado y habían intentado acabar con mi vida, sino también porque la prensa nos perseguía allá por donde íbamos. Era agotador salir de casa con tantas personas pendientes de nosotras, durante el juicio estábamos en tensión, y salir de la sala se convertía de nuevo en un suplicio.

-¿Qué piensan que ocurrirá? ¿Creen que se hará justicia?

-¿En qué momento se dio cuenta de que su novio y su amiga estaban intentando volverla loca para asesinarla?

-¿Es cierto que en Australia también intentaron acabar con su vida?

-¿Cómo se puede vivir después de pasar unas experiencias tan traumáticas?

-¿Volverá a confiar en alguien después de semejante sinrazón?

Procurábamos pisar la calle lo mínimo imprescindible para evitar posibles entrevistas o indiscretas fotos. Los periodistas no paraban de hacer preguntas al aire que nosotras intentábamos ignorar una y otra vez. Mi madre estaba agotada, se lo notaba en su manera de actuar, intentaba mantener la calma y tener una sonrisa permanente en su cara, una sonrisa tan falsa que parecía más una mueca de dolor. Aparentemente se la veía fuerte, indestructible, con una personalidad capaz de mover montañas, pero en la intimidad del hogar yo veía como se iba desmoronando, como , a medida que los días pasaban, ella iba perdiendo la confianza, dudando de la justicia,

sintiéndose culpable por no haber podido protegerme como si yo todavía fuera su pequeña, aunque de alguna manera seguía siéndolo, en estos momentos mi madre era, prácticamente, mi único pilar, mi fortaleza y mi ancla.

Poco antes de salir de casa para escuchar el veredicto en directo mi madre comenzó a temblar.

-No puedo ir cariño, lo siento. Me fallan las piernas.

-Llamaré al médico.

-Espera, no hace falta, en un rato estaré bien. Seguro que son los nervios, demasiado tiempo aguantando, y ahora que ya está todo hecho, que ya nada puede cambiar el curso de los acontecimientos, mi cuerpo pide papas. ¡Estoy tan cansada!

-Avisaré a Sergio y nos quedaremos.

-Ve tú, cariño, debes estar allí. No te preocupes por mi, estaré bien.

-No, mamá. No voy a dejarte sola. Estamos mejor aquí, esperando

A media mañana Sergio nos avisaba, gracias al cielo las cosas habían salido bien, el resultado de tanto sufrimiento había sido positivo, los culpables iban a pasar una buena temporada, aparentemente, en la cárcel. En casa el teléfono no dejaba de sonar, recibíamos continuamente muestras de cariño de todo el que se había enterado del caso.

-Voy a preparar un café.

Salía contenta del salón hacia la cocina pensando que mi madre y yo éramos unas campeonas, habíamos salido victoriosas de un juicio que nos había vuelto un poco locas y nos había dejado rota el alma. Acusar a personas que habían formado parte importante de tu vida no resultaba fácil, y menos cuando habías compartido la intimidad de tu hogar, tus cosas de siempre, tu familia. Sólo deseaba pasar página de una vez, sentirme libre y deshacerme por fin de ese gran peso que sentía que me

aplastaba día a día y que por momentos me impedía respirar. El café había terminado de pasar. Terminé de poner las tazas en la bandeja, abrí la alacena, puse unas galletas en un plato y comenzó a sonar el teléfono.

-Mamá, ¿lo coges? Estoy terminando aquí.

Con la bandeja en las manos recorrí el pasillo ensimismada pensando en la insistencia del teléfono y confiada en que mi madre habría ido al cuarto de baño.

-Está bien, ya voy yo.

Dejé la bandeja en la mesa y descolgué.

-Sí, acabo de hacer un café para celebrarlo.

Sergio desde el otro lado nos estaba invitando a salir a comer para festejarlo.

Nos tomamos tranquilas el café. Los ánimos fueron apareciendo poco a poco en mi madre, pero aunque estaba contenta con la resolución, una parte de su corazón se estaba haciendo trizas.

Llegó Sergio y nos abrazó a las dos. Traía una botella de cava en una mano.

-¡Soy el hombre más afortunado del mundo! Venga. ¡Vamos a brindar!

Sergio nos llevó a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, quería hacernos olvidar todo el dolor por el que sabíamos estábamos pasando. Con sendas copas de champán llenas hasta casi rebosar, brindamos por un mundo un poco mejor y algo más justo.

Mi madre parecía agotada, estaba feliz pero el cansancio había hecho mella en su ya débil cuerpo. Intentaba disimular, pero a pesar de su alegría por mí, por nuestra victoria, todo seguía siendo un enorme fracaso, un fracaso de la vida, un fracaso del amor y de las amistades. Los culpables de los intentos de asesinato eran su mejor amigo de toda la vida y últimamente su compañero de camino, una de mis amigas más fieles y mi ex pareja. Esto no podía dejarnos a ninguna de las dos satisfechas. ¿Qué podía haber pasado por la cabeza de Javier para necesitar acabar con todo lo que había sido su vida, aparentemente placentera? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde su primer movimiento de intentar acabar conmigo, con su peón? Realmente era duro pararse a pensar en todo lo que había ocurrido y en la resolución judicial. Leer sobre ello en la prensa me desgarraba el alma y sólo surgían preguntas y más preguntas que no lograba responder. ¿En qué momento a mi mentor y amigo de la familia de siempre, se le pudo ocurrir tramar de semejante modo una historia pensando que iba a acabar de manera satisfactoria para él? ¿Cómo había involucrado a Martina y a Alfonso, dónde los había encontrado, dos personas dispuestas a hacer cualquier cosa con tal de conseguir su desafiante plan? ¿Cómo habían conseguido engañarme los tres? ¿Cómo se podía fingir la amistad, y lo que es más difícil, cómo se fingía el amor? ¿Cómo te hacías pasar por lo que no eras, vivir lo que no sentías? Intentaba ponerme

en su lugar. ¿En qué momento alguien se atreve a plantearte que te hagas amigo de otra persona o que intentes que se enamore de ti con el único propósito de matarla? Quizás ese no era el principal propósito, tenía que ser justa. En un primer momento parecía que la intención sólo era engañarme para conseguir robarme información valiosa sobre una patente que acabábamos de formalizar, con el fin de venderla y si después quebraba la empresa, que nadie sospechase de ninguno de ellos, pero todo les había salido mal y para evitar que se investigase en su dirección, intentaron matarme, con la suerte para mí de que Sergio se había cruzado en su camino.

La vida a veces no era justa, nos enseñaba a la vez las dos caras de la moneda, dejándonos un poso de tristeza y desilusión que arrasaban con cualquier atisbo de alegría. Mi madre se sentía como si ya no tuviese derecho a tener una nueva oportunidad de ser feliz, lo había sido hacía años con mi padre y ya no podría serlo más.

-No existen segundas oportunidades, ¡ya ves qué fracaso!

-Vamos, la vida es larga y todos cometemos errores. Cualquier persona es susceptible de engaño. No podemos dejar de vivir buenos momentos, o de disfrutar por algo que otros han hecho. Eres fuerte, Sofía, no permitas que se salgan con la suya.

-Tienes razón, Sergio. ¡Por nosotros! Que viva para veros felices...

-Por nosotros

-Por nosotros

-...y rodeados de pequeñas personitas.

-¡Mamá!

Nos reímos los tres. Mi madre ya se estaba montando su película imaginándose rodeada de nietos. Intentamos divertirnos pese al dolor que sentíamos por la traición, pero

había que vivir el momento. La cara de Sergio indicaba que estaba totalmente satisfecho con el resultado.

-¡No podía haber sido más favorable!

-¡No digas eso! Sí podría. Reconoce que es una pena todo esto. Estamos contentos porque alguien ha visto que todo lo que ha pasado ha sido una mala realidad, pero el problema es que ha pasado de verdad, no es producto de un sueño. Todos hemos perdido, o al menos eso pienso yo.

Comenzaba a ser la de siempre, o mejor dicho, comenzaba a sentir que era la misma de siempre. Había recobrado de todo la memoria, o ese era, por lo menos, el diagnóstico dado por mi médico.

Así todo era complicado afirmar que me había recuperado por completo, pues al pensar en determinadas situaciones, en determinadas épocas, no conseguía recordarlas de todo.

Siempre había pensado que los recuerdos permanecerían en todo momento en mi memoria, pero ahora comenzaba a ser consciente de que no era verdad tal afirmación. Comprobaba, nerviosa, que cuando había ido en busca de alguno de ellos, había desaparecido, y no precisamente por todo lo ocurrido. Al comentárselo a Sergio me explicó que eran cosas que solían suceder, más a menudo de lo que creíamos. Cuando dejábamos de pensar en determinadas personas o acontecimientos, estas se iban diluyendo, poco a poco, llegando incluso a desaparecer, a borrarse de ese disco duro que parecía a veces nuestra memoria. Parte de nuestras historias con amigos de la niñez, incluso con la familia, se iban apagando poco a poco, dejando pequeñas marcas, que aunque indelebles, se volvían difíciles de recuperar. ¿Qué nos quedaba entonces? A veces, sólo la sensación de haber sido felices era lo que permanecía.

Regresar a nuestros recuerdos era importante en cuanto que estos nos hacían sentir un poco en paz con nosotros mismos, e incluso, un poco en paz con el mundo. Hacían que nos conociéramos, que nos reconociéramos, que nos sintiéramos mejor en nuestra piel, que entendiéramos y comprendiéramos por qué éramos como éramos y por qué somos como somos. ¡Los recuerdos! ¡Qué frágiles eran! ¡Qué frágiles nos hacían sentir!



Había sufrido miedo, pasado por una etapa de terror a que mis recuerdos se hubiesen visto transformados a causa de haber perdido la memoria y que mi cabeza se pudiera dedicar a inventar sensaciones y recuerdos. ¿Podría alguien manipular el recuerdo?

Quizás todos inventásemos un poco de nuestra historia, sin querer, pero no era lo mismo lo que yo recordaba que lo que otras personas recordaban después de haber vivido la misma situación juntos. Quizás sólo evocábamos lo que nos habían hecho sentir. El mismo suceso narrado de diferente manera, sentido de formas distintas, no nos marcaba a todos por igual.

La vida me había ido poniendo pruebas en el camino, obstáculos que había tenido que salvar, obstáculos necesarios que me habían ido enseñando a avanzar, a conocerme a mí misma y conocer a los demás, a probarme, a descubrirme. Había visto en mi cosas que no me habían gustado, pensamientos ridículos, sensaciones absurdas. A veces hubiera deseado poder regresar al pasado, a los recuerdos, al momento de la niñez, a la tranquilidad de la amistad, a la seguridad del hogar, regresar a esos momentos de paz que me habían dado el cariño, el amor de mi familia, su calor. Volver a aquellos lugares mágicos en los que había idealizado personas, sentimientos, a la vida...

Qué difícil resultaba vivir a veces, soportar la angustia de no ser lo que siempre habías creído que eras o que serías; resistir la presión externa, los ojos que te miraban, el dolor ajeno y el propio; la angustia del no saber, del no llegar a saber nunca. Quizás era yo la complicada, la única que continuamente se hiciera preguntas, se cuestionara todo, se castigara por cada una de las decisiones mal tomadas.

Por primera vez era consciente de que estaba entrando en las profundidades del pozo oscuro que comenzaba a ser mi cabeza

y de que había muchas cosas en las que pensar y muchas otras que solucionar. Me esperaba un largo camino por recorrer.

No había sido muy complicado conseguir trabajo, la verdad, me había sorprendido lo rápido que había sido teniendo en cuenta que vivíamos en un país con una tasa de paro que hacía que se pusieran los pelos de punta y que realmente ni mi edad ni el hecho de ser mujer me favorecían. Pese a lo mucho que habíamos avanzado, seguía habiendo una diferencia abismal entre hombres y mujeres, no sólo en lo relativo a los sueldos, sino también en cuanto a conseguir que alguien te contratara. Estar entre la franja de edad susceptible de tener un hijo era igual que poner un punto negro gigante al currículum, curioso, al fin y al cabo, los hijos eran los que en un futuro tendrían que encargarse de pagar nuestras pensiones, pero mientras alguna de las pocas directivas que había siguieran pensando de igual manera siendo mujeres, ¿qué podíamos esperar de los hombres? Mucho teníamos que luchar aún para conseguir la tan ansiada igualdad. Tener que demostrar a cada paso lo válida que eras ejerciendo tu profesión sólo por el hecho de ser mujer, resultaba realmente agotador. Mi nuevo empleo no tenía nada que ver con el anterior, había conseguido un trabajo en el que a penas se valoraba mi currículum, iba a cobrar bastante menos, pero lo bueno era que podría ir ascendiendo a medida que fuera demostrando mi valía para el puesto. Bueno, estaba contenta de igual manera, por lo menos comenzaría a trabajar, a relacionarme con otras personas que no fueran mi madre y Sergio, que les agradecía mucho su esfuerzo por intentar hacerme sentir bien, pero necesitaba más, necesitaba saber que podía valerme por mi misma de nuevo, que podía salir adelante, que seguía teniendo algo que ofrecer a la sociedad.

A lo largo de este tiempo en el que no había trabajado, me había sentido un poco inútil, necesitaba ponerme de nuevo las pilas.

¿Cuántas mujeres, trabajando sin parar en sus casas, educando a sus hijos, pasando noches en vela, sufriendo por ellos, se habían sentido inútiles a lo largo de sus vidas por el simple hecho de tener que depender del dinero de otros para vivir? Era injusto que el trabajo y la dedicación de algunas madres no tuviera una recompensa. Quizás esa era otra forma de esclavitud. ¿Cuántas mujeres morían al año a manos de sus "parejas", cuántas pensaban que no podían irse por no tener nada, por no poder encontrar trabajo para mantener a sus hijos, o por pensar que aún en esas condiciones más valía malo conocido que bueno por conocer? Estábamos, o mejor dicho, estaba comenzando a perder la fe en el ser humano. Por suerte para mí conocía a mujeres luchadoras, que habían sido capaces de enfrentarse a la vida aún llorando a cada paso por lo perdido, echando de menos lo anterior, pero demostrando que siempre se puede salir adelante, que aunque los problemas sean o parezcan enormes, siempre hay que seguir luchando y no mirar atrás nunca ni, como decían por ahí, para coger impulso. Estaba animada, me apetecía intentar regresar a la normalidad, a la vida rutinaria. Mi madre se sentía un poco triste por quedarse de nuevo sola, por tener que enfrentarse a su vida, a sus pensamientos y a sus sentimientos, pero era necesario dar un portazo y alejarse del pasado, abrir nuevas puertas y alegrarse de estar vivo, de poder estar vivo, de sentir, de sentirse y respirar, respirar profundo.

Había comenzado a trabajar y había sentido lo poco que se fiaban de mí mis jefes, o más bien adivinaba una especie de rechazo quizás debido a que se sentían en peligro, pues saber que a tu compañera de trabajo habían intentado asesinarla varias veces no era el tipo de seguridad con la que uno deseaba convivir. En un principio había sido la "chica para todo" de la oficina, la nueva a la que se le puede encargar que haga cualquier cosa, y la verdad era que no me importaba ser la que llevaba los cafés a las reuniones, la que hacía fotocopias y la que salía en busca de paquetes o a llevar algún papel a otras oficinas. Resultaba extraño no tener a penas responsabilidades, pero me sentía feliz, podía hablar con unos y con otros sin miedo a meter la pata por alguna información confidencial pues por primera vez en años no podía acceder a ese tipo de documentos. Me sentía bien, me sentía viva, e incluso agradecía poder salir alguna vez del edificio a respirar aire puro y ver otras caras.

Poco a poco empecé a notar que iba ganando la confianza de mis compañeros y de mis jefes, que realmente comenzaban a darse cuenta de que era capaz de dar soluciones a ciertos problemas, y lo que era más importante, que lo hacía sonriendo, esa era mi arma secreta, no me importaba hacer lo que otros me pedían, ni compartir información que sabía. Estaba feliz, era feliz porque había conseguido regresar de la más profunda de las oscuridades, había superado el coma, la pérdida de memoria, los engaños, los traumas y me sentía una mujer nueva, nueva y feliz. Así que ante cualquier mala cara o cualquier palabra desagradable yo respondía con una enorme y sincera sonrisa. Había pasado por demasiadas cosas y comprendía por propia experiencia que a veces tener mucha

responsabilidad agriaba el carácter, nos hacía más tristes e incluso más vulnerables.

A medida que pasaban los meses y veían que mi manera de actuar seguía siendo la misma, comenzaron a fiarse y a delegar en mí parte de las labores que como profesional sabía hacer. Poco a poco me fueron dando más y más carga de trabajo, en pocos meses había conseguido de nuevo ser la misma que en la anterior empresa. Mis compañeros me habían visto trabajar desde la base comprobando que no tenía dobleces, sólo cicatrices que había conseguido borrar gracias a mi buen humor. El hecho de sentirme aceptada, de que me vieran como una más, me hizo comprender que el que Javier me hubiera contratado nada más terminar mi carrera había sido, en gran parte, por mi expediente y por mi constancia, no sólo por ser amigo de la familia.

Estábamos pasando unos días complicados, no se hablaba de otra cosa, estas épocas traían a la memoria secuencias de una vida difícil de olvidar. ¿Que dónde estaba yo hace 20 años? En la calle, gritando, sintiéndome un poco hermana, amiga, e incluso madre de Miguel Angel. La piel de gallina, ahogada en dolor, llorando, intentando que no ocurriese lo que inevitablemente iba a ocurrir, con fe en los que me rodeaban, millones de personas unidas por una misma causa en un solo grito, en una única voz, defendiendo al unísono la paz, sintiéndome orgullosa de pertenecer a un país en el que, por unas horas, todos éramos uno, todos queríamos lo mismo. Sumándome a una manifestación en la que éramos tantos que permanecíamos en el sitio, sin poder a penas movernos. Una fecha difícil de olvidar.

Al llegar a casa y encender mi ordenador me había encontrado un mensaje de un amigo preguntándome por qué no había retuiteado su tuit que recordaba el tema, no había sabido qué

responder, sólo sabía que había personas, situaciones, sentimientos que se llevaban en el alma y se recordaban siempre, con tristeza, con dolor. Pero con los años había descubierto que el rencor no valía la pena, que sólo servía para agriarnos más el carácter, oscurecer nuestros pensamientos y conseguir alejarnos de lo importante.

Intentaba sentirme bien y feliz. Seguía viva, tenía a mi madre, alguna buena amiga y tenía a Sergio. La vida había que vivirla sin más. A veces nos preocupábamos demasiado por cosas que no estaba en nuestra mano solucionar. Eso era una manera de no vivir, de morir poco a poco. Conocía alguna persona, que como yo, se preocupaba por todo, por lo que había ocurrido y por lo que podría, en un futuro, ocurrir. Personas que vivíamos de una manera un poco gris, sin disfrutar todo lo que se podría disfrutar, dejando que todo lo que era susceptible de pasar, nos amargara la existencia. A medida que el tiempo transcurría iba siendo más y más consciente de que la felicidad se encontraba en los momentos disfrutados en compañía de amigos y familia e incluso en soledad. Había que intentar hacer algo que llenase nuestras vidas, que nos hiciese sentir cómodos en ellas, sentirnos bien como personas. El día a día, ese era realmente el secreto de la felicidad, el secreto de la vida.

Nadie nos había enseñado a relajarnos y menos aún a afrontar situaciones algo complicadas. Ante un problema repentino algunos nos bloqueábamos, no sabíamos muy bien qué hacer, incluso a veces lo magnificábamos hasta el punto de no ver ni pensar en nada más. ¡Hay tantas cosas que deberían cambiarse en la educación de los hijos! Después de pasarse toda la vida en colegios, institutos, facultades... no sabíamos nada de la vida, o sabíamos muy poco, no sabíamos enfrentarnos a los problemas diarios, a arreglar papeles, a ayudar, a buscar soluciones. El mundo a veces se convertía en una gran bola gris, en un túnel enorme del que no veíamos el final.

Lo iba a intentar. Me había propuesto seguir adelante con mi vida sin darle demasiada importancia a todo lo que me había pasado. Tenía que ser consciente de que todos teníamos



problemas, todos, lo que nos diferenciaba, realmente era la manera en la que nos enfrentábamos a ellos. Intentaba, no alejarlos de mí, pero sí apartarlos un poco, mirar hacia adelante, ver la vida de colores, y por momentos lo iba consiguiendo. Sabía que sería un trabajo duro, demasiado tiempo mirando hacia la oscuridad de lo negativo hacía que sintiera miedo a dejarme deslumbrar por la luz de lo positivo.

Mi familia estaba en alerta, demasiada alegría en mí no siempre indicaba que realmente fuera feliz, más bien a veces era una señal de alarma que avisaba que en cualquier momento caería otra vez en el gris, en la tristeza, en la "morriña". Siempre había sido demasiado vulnerable.

Mi vida transcurría con total normalidad, por fin. De casa al trabajo, del trabajo a casa, paseando con Sergio, viviendo con Sergio; abrazada a él me sentía bien, me sentía viva, había sido mi ancla al mundo, había sido mi pilar, mi guardián. Lo amaba. No sabía muy bien por qué pero me sentía feliz, llevaba un par de meses relajada, tranquila, viviendo como en una nube de algodón, sintiendo crecer en mi interior la paz, una luz que lo iluminaba todo. Era feliz, me sentía feliz.

Al salir de la oficina la mayor parte de los días me encontraba con Sergio esperándome para ir caminando juntos a casa. Me encantaba hacer con él el recorrido, unas veces de la mano, otras abrazados, hablando sin parar de cómo había transcurrido nuestra jornada, dejando atrás los peligros y problemas del pasado, viviendo al día, con sonrisas y alegría, con besos y arrumacos.

-Sergio, cariño, creo que podría...

-¿Que podrías qué?

-Creo que podría estar... no sé, no es seguro aún, pero creo que...

-Por Dios Talara, ¿qué es lo que te pasa?

-Podría...

-Si

-Estar...

-¿Qué?

-Embarazada.

Sergio se paró en seco. Me miró fijamente. Se hizo un silencio que no auguraba nada bueno, o por lo menos eso pensé. Lo miré con miedo. Se acercó a mi, me estrechó entre sus brazos y me besó hasta casi hacerme perder el sentido, todo desapareció a mi alrededor en un fundido negro, sólo él y yo y un vértigo enorme que me subía desde el estómago. Lo amaba y me amaba, ¿qué más podía pedir?

Todos nos miraban sorprendidos, alguno incluso se atrevió a romper nuestro silencio.

-Parece mentira, tan mayores y montando este espectáculo en plena calle.

Siempre tenía que haber alguien al que le molestase la felicidad de los otros, dispuesto a amargar a todo aquel que se sintiese

bien, pero por suerte también siempre había quien felizmente salía en defensa de las libertades.

-Cuanta envidia se puede respirar por aquí cerca.

Por fin nos dimos cuenta que todos los comentarios eran por nosotros, que se estaba formando un buen revuelo, nos separamos, Sergio me miró.

-No sé qué puedo decirte cariño, sólo que ahora mismo soy el hombre más feliz de la tierra.

De nuevo me besó. Seguimos camino a casa abrazados como si solo fuésemos uno, Sergio de vez en cuando se paraba a mirarme.

-¡Estás preciosa!

Yo sonreía feliz abrazada a él, sintiendo que el mundo se iluminaba a nuestro paso.

-¿Desde cuándo...?

-¿Desde cuándo qué?

-¿Desde cuándo lo sabes?

-Aún no lo sé. Lo presiento, Sergio. Después de todo lo pasado, la verdad que no pusimos ningún impedimento. El médico me había dicho que aunque volviera a mi vida normal habría cosas que tardarían en volver a la normalidad en mi cuerpo, y no pensé nunca en la posibilidad de estar embarazada, pero... hablando con una compañera de trabajo que está esperando un hijo, me preguntó si yo no estaría... Se me encendió una luz, me hice una prueba de farmacia, pero... para estar segura pedí vez en mi médico. La semana que viene... Podemos ir juntos... ¿Te parece?

Sergio me abrazó de nuevo, no podía hablar, estaba emocionado. Seguimos hacia casa y se paró delante de un escaparate con ropa de bebé y comenzó a hablar, comenzó a hablar de tantas cosas a la vez..., se atropellaba a sí mismo de tal manera que perdía el hilo de su propia conversación.

-¡Sergio!

Dejó de hablar y me miró.

-¡Por Dios, Sergio! ¡Cálmate! Te necesito entero, tranquilo.

Le acaricié la cara y los dos comenzamos a reír, a reír a carcajadas, en una risa contagiosa que nos impedía a veces respirar.

-Sergio, para...

Seguimos riendo.

-Sergio, por Dios, para... comienzo a marearme.

Por fin Sergio paró de reír de golpe, se quedó serio, me miró aterrizado.

-¿Estás bien?

-Sí, ahora sí.

Salíamos del médico felices. ¡Íbamos a ser padres! Tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Estaba casi de tres meses y el médico se había asustado pensando cómo no había caído antes en la posibilidad de estar embarazada. Le expliqué toda mi vida y el pobre hombre se quedó como quien no da crédito a lo que está escuchando, era prácticamente una película de terror. Después de la exploración, de hacer una ecografía dijo que todo estaba aparentemente bien, tendría que pedirme varias pruebas y pronto volver a verme.

-¡Vamos a celebrarlo! ¿Comemos juntos? Luego tendré que regresar al trabajo.

-¡Vale!

Después de planificarle toda la vida a nuestro futuro hijo, salimos riendo del restaurante discutiendo sobre a quién se parecería.

-Tendremos que decírselo a los abuelos, ¿no?

Con tanta emoción me había olvidado de esa pequeña porción de vida en la que había alguien más que nosotros. Sergio era también hijo único, pero sus padres vivían en la otra punta de España por lo que aún no los había conocido, sólo los había visto alguna vez a través de la pantalla del ordenador.

-Está bien, está bien. Podemos invitarnos a casa de mi madre a tomar un café y por la noche avisas a tus padres. ¿Te parece?

-Lo que tú digas, cariño.

A mi madre sólo le faltó ponerse a dar saltitos de alegría, estaba encantada.

-¡Mi niña! ¡Sergio! ¡Soy la mujer más feliz del mundo!  
¡Abuela! ¡Voy a ser abuela!

Salió de la habitación a toda prisa a enseñarnos sus fotos. Sergio tenía que irse así que yo me quedé estoicamente viendo

y escuchando sus recuerdos, recuerdos que yo ya conocía pues mi madre era de esas personas que a la primera que podía aprovechaba y mostraba sus fotos.

Después de un buen rato sentada a su lado escuchando sus historias le dije que tenía que dejarla y me despedí, realmente estaba agotada, tanta emoción comenzaba a pasarme factura. Al llegar al portal de mi casa, cargada con un par de bolsas, no me di cuenta de que acababan de fregar las escaleras, y al girarme para ir hacia el ascensor resbalé y me caí de bruces. El contenido de las bolsas se desparramó, y yo como pude, me senté y me quedé esperando ver aparecer en el suelo una enorme mancha roja símbolo de un inminente aborto. Las chicas que estaban fregando se acercaron a mí y me preguntaron si estaba bien, no podía articular palabra y me limité a afirmar con la cabeza. Ellas me miraban sorprendidas mientras se agachaban a recoger lo que se había desperdigado por el suelo.

-Mujer, no pasa nada. ¿Tenías algo que pudiera romperse? Está todo impecable, no se ha roto nada.

Seguía sin poder decir ninguna cosa, sólo esperaba mirando fijamente al suelo, esperaba y temblaba.

-¡Vamos, mujer! Venga. Te ayudamos a levantarte.

Intentaron ayudarme pero con la mano hice un gesto para que se fueran. No podía hablar, sentía el peso de las lágrimas en los ojos y en la barbilla, así que sabía que si decía algo comenzaría a llorar y sería difícil detener tanta tensión. Me miraron sin saber muy bien qué hacer, se miraron una a la otra y decidieron salir sin más del edificio.

El suelo estaba seco y yo también, aunque temblaba. Me levanté con mucho cuidado no fuera a ser que el esfuerzo hiciese brotar la sangre que esperaba ver en cualquier momento. No ocurrió nada. Acaricé mi barriga que aún no

había aumentado su tamaño y subí a casa. Esperé sentada en el sofá. Esperé y esperé y al cabo de un par de horas sentí el ruido de la puerta. Sergio entró con una gran sonrisa en su cara.

-Cariño ya estoy en casa.

Comencé a llorar, las lágrimas bajaban por mi cara sin control aparente. Sergio entró en el salón y al verme así cambió el gesto.

-Cariño, ¿estás bien? ¿te ha ocurrido algo? ¿qué ha pasado?

No era capaz de contestar a las preguntas de Sergio. Lloraba sin tregua, con angustia, con esa especie de hipo que me indicaba que no iba a poder parar en un rato y que realmente estaba sintiéndome fatal. Entre sollozos por fin pude contestarle.

-Me... hhhhe... hhh... caído.

-¿Ahora?

-Noooooooo

-¿Estás bien?

-Hace dos... hhhh.... o tres horas.

-¿Y llevas llorando todo este tiempo? por Dios, Talara ¿cómo no me llamaste?

-Nooooo... hhh... al verte se me hhhha... puesto... hhh... un nudo en la garganta y ...hhh... hhh... no lo he podido evitar hhh...

-¡Cariño!

La más tierna palabra que alguien me había dicho en mi vida pronunciada así. Se sentó a mi lado y me abrazó, me acariciaba el pelo mientras una y otra vez decía:

-Tranquila, cariño. Todo va a salir bien.

Esa noche no pude casi dormir. Comencé a preocupar a Sergio, de tal manera, que lo que hizo esa mañana nada más levantarse fue llamar al médico.

-Así nos quedaremos más tranquilos, pero seguro que el bebé está bien, es una pulguita rodeada de agua por todas partes. Tu cuerpo lo protege, no debes temer nada.

Efectivamente el médico corroboró lo que Sergio decía dejándome mucho más tranquila. Mi cuerpo sería su templo. Yo lo protegería, esa sería mi misión en estos meses de espera, de larga espera. Su supervivencia iría unida a la mía, aunque eso a veces me descorazonaba, no dejaba de ser una garantía.

Al llegar a la oficina y contárselo a mis compañeros, sentí, por fin, que me apreciaban. Qué importante era, por lo menos para mí, sentirse querida por las personas que te rodeaban día a día y con las que pasabas tanto tiempo.

Al paso de las semanas me iba haciendo más sensible a todo y no sólo lo notaba yo, era "vox populi": Talara estaba demasiado susceptible. Así que alguno comenzaba a esquivarme o a intentar cruzarse menos conmigo que de costumbre, pero como también a veces los hacía reír contándoles mis "andanzas" alguno me buscaba para alegrarse el día.

Me sentía feliz y eso se notaba, pero mis altibajos emocionales a veces eran demasiado exagerados. Si normalmente era demasiado sentida, ahora lo era mucho más, incluso era capaz de llevarlo todo al plano social y ecológico, todo me parecía injusto, bueno muchas cosas que veía me parecían injustas, para el hombre y para la naturaleza. Continuamente me planteaba a qué mundo iba a traer a mi bebé.

Se nos había estropeado el calentador eléctrico hacía unos días, justo recién pasada la garantía. Ya me había ocurrido con varios



electrodomésticos. Nadie me aconsejaba repararlo, es más, nadie me garantizaba que hubiese alguien dispuesto a arreglarlo y menos aún nadie me daba un presupuesto. La solución era la de comprar uno nuevo que posiblemente sólo me duraría otros tres años. Esto sirvió para hacerme sentir frustrada. ¿Qué mundo les esperaba a nuestros hijos si cada familia tuviese que comprar un calentador cada tres años? ¿Por qué se hablaba continuamente de la falta de responsabilidad de los consumidores que se deshacían continuamente de los aparatos eléctricos generando una cantidad de basura inaceptable para la naturaleza y no se criticaba a los fabricantes que los programaban para morir? Lo más correcto, eso pensaba yo, era quejarse y protestar ante los gobiernos por permitirles a los fabricantes hacer que la gran mayoría de cosas se estropearan una vez pasada la garantía, obsolescencia programada se llamaba. Era sabido por todos, o por casi todos, el pacto que había para no permitir que las cosas durasen demasiado, por ejemplo, algo que llamaba mi atención era el ver lo rápido que se fundían o mejor dicho, lo rápido que se estropeaban las bombillas, que justificaban su alto precio por ser más ecológicas y por su durabilidad, tendrían que durar toda la vida del consumidor, y había que cambiarlas cada menos tiempo que las primeras que habíamos conocido. Nos tomaban por idiotas nuestros gobernantes, de eso no me cabía la menor duda.

A medida que pasaban las semanas me iba haciendo más vulnerable, me veía de pronto con demasiada carga emocional, con demasiado estrés. Mi hijo necesitaba de mí en todo momento, eso, en vez de tranquilizarme, me agobiaba. Su destino iba ligado a mi destino, si a mí me pasaba algo, él sufriría las consecuencias. La vida ligada, de pronto, a un desconocido que poco a poco se iba ganando un puesto en

nuestras vidas. Sonaba uno de los temas de "La lista de Schindler" en la radio y comencé a llorar.

Comenzaba por fin a notarse mi embarazo. No dejaba de mirarme de lado en el espejo para comprobar, una y otra vez, si había aumentado el tamaño de mi barriga. Cuando iba paseando por la calle buscaba mi reflejo en los escaparates de la ciudad. Una mañana de pronto, comprobé cómo por arte de magia, la mañana anterior estaba como siempre o incluso más metida hacia adentro, sobresalía un poco.

-Sergio, Sergio. Ven. Mira. Toca.

Estaba entusiasmada y Sergio medio dormido.

-Cariño ¿te pasa algo?

-Ven, anda.

Sergio se acercó al baño con los ojos a medio abrir. Comenzó a reírse al verme desnuda delante del espejo, con la mano apoyada en la cintura echando el cuerpo hacia atrás, con pose de embarazada casi a término acariciando mi incipiente barriga.

-Talara, cariño, estás guapísima pero en media hora sonará mi despertador y estoy agotado, anda vente conmigo a dormir.

Me puse el camisón sonriente y fui de su mano hacia la cama.

-Tendré que comprarme algo de ropa de embarazada. Seguro que ya no me sirve nada.

-Duerme, amor, el bebé te lo agradecerá y yo también.

-Tenemos que ir pensando en un nombre.

-Cariño, por favor...

-¿Será niño? ¿O niña? ¿Quieres saberlo? Lo tendré que apuntar para la siguiente visita preguntárselo al ginecólogo. Yo había pensado varios nombres...

-¡Duérmete de una vez!

Su voz me había sonado tan fuerte que comencé a llorar. Sergio se volvió hacia mi y me abrazó.

-Vamos cariño... lo siento... estoy tan cansado...

-No me quieres Sergio. Estoy cambiando tanto... ya no me quieres, es eso, ¿no?

-Talara, por Dios. Te quiero, claro que te quiero, pero necesito dormir.

-¿Qué me está pasando? Lloro por todo, me siento demasiado vulnerable, a veces estoy súper alegre y otras súper triste, todo me asusta o me da miedo.

-¿Que qué te pasa? ¡Las hormonas! ¿Qué te va a pasar? Tu cuerpo está en un cambio constante, está creciendo una vida dentro de ti y tu cuerpo se prepara para mantenerla durante un tiempo y para cuidarla después. Eres una revolución hormonal. Nos reímos los dos, Sergio siempre me hacía reír en los momentos más complicados. Lo besé en la boca y me dormí en sus brazos.

Cuando me levanté él ya no estaba, se había ido a trabajar, entraba antes que yo. Me duché con calma, desayuné con calma, realmente todo lo hacía con calma últimamente, era como si me hubiesen ralentizado por fuera para poder acelerarme por dentro. Mi cuerpo no dejaba de cambiar y mi espíritu tampoco.

Me había apuntado a unas clases de yoga para embarazadas y hoy sería mi primer día, así que salí del trabajo emocionada. Cuando llegué al vestuario estaba sola y al entrar en la sala me vi en la penumbra de una habitación llena de desconocidas barrigonas que venían a saludarme y a darme la bienvenida.

-Chicas, esta es la nueva: Talara. ¡Vamos, chicas! ¡La estáis abrumando!

Ante mi sorpresa por ver que la profesora también estaba embarazada, se acercó a mí, tomó una de mis manos y se la puso en su barriga, di un respingo al notar cómo algo se movía dentro.

-Le has gustado, no siempre se acerca a saludar.

-¿Ha sido... ha sido el bebé?

-Si, el pobre ya comienza a estar incómodo dentro pero en cuanto nota que alguien lo acaricia desde fuera, se acerca a saludar.

Todas reían.

-Como ves yo ya no estaré mucho tiempo dando clase, a penas un mes o mes y medio, pero ya tengo sustituta que vendrá en unos días a conoceros. Bueno, vale ya. Venga. Vamos con las respiraciones.

Para las que como yo habíamos practicado durante años yoga, las respiraciones eran ya tema conocido. Hoy me resultaba algo difícil concentrarme, un bebé me había saludado desde la barriga de su madre. Ya estaba deseando que mi bebé comenzase a saludarme de esa manera. Estaba deseando llegar a casa para contarlo. ¡Había estado en contacto con un bebé!

A medida que las semanas pasaban mi barriga se iba haciendo más y más grande y mi estado de ánimo más y más variable, unas veces arriba y otras abajo, era como darse un paseo en una montaña rusa, de la euforia a la tristeza en pocos segundos.

-Yo no soy así, en serio, tan variable, tan llorona, pero todo me afecta muchísimo.

Intentaba justificarme con algún amigo.

-No te preocupes, los que ya tenemos hijos sabemos lo que es el embarazo.

-Pero yo no soy así.

La conversación concluía a veces en risitas que conseguían que me fuera a llorar a escondidas para evitar que me vieran. Sergio terminaba consolándome siempre.

-Vamos Talara, son tus amigos, no quieren hacerte sufrir, sólo intentan quitarle hierro al asunto, que comprendas que no eres la única a la que le ocurren esas cosas. Saben que eres una mujer fuerte.

A veces me tranquilizaba saber que no era la única en notar esos enormes cambios de humor. Me preguntaba continuamente cuántas dudas era capaz de generar la cabeza de una mujer embarazada, cuántas preguntas, cuántos miedos. A medida que iba adivinando las respuestas aparecían nuevas incógnitas que no me dejaban descansar en paz.

Pese a todo me encantaba estar embarazada, me sentía bien y feliz, incluso llegaba a pensar que era el estado en el que me había encontrado mejor a lo largo de mi vida. Había tenido la suerte de no tener mareos, ni molestias, me habían aumentado el pecho y la barriga, pero eso no me inquietaba, más bien todo lo contrario, me hacía sentir la mujer más deseable del universo.

Cada vez que Sergio se acercaba a mí y me acariciaba me notaba como si fuera receptora de un inmenso placer, al roce de sus dedos con cualquier parte de mi piel, mi cuerpo respondía dejándose llevar, cerraba los ojos y me entregaba al deleite de sentirlo, me encogía, me plegaba o me estiraba ronroneando como un gato. Pensaba en él continuamente y en sus dedos paseándose por mi piel y sentía un enorme escalofrío que terminaba sacudiéndome de la cabeza a los pies. Mi cuerpo se había convertido en poco tiempo en un templo de placenteras sensaciones, no podía negarme a nada. Buscaba a Sergio en cuanto sentía sus llaves rozando la puerta, por las noches me despertaba empapada en sudor y buscaba el contacto con su piel, me aproximaba a él, lo acariciaba sedienta de su cuerpo en el mío, enloquecía sobre él sintiéndome diosa por unos pequeños instantes. Sentía, lo sentía, sentía tanto que a veces dolía, comenzaba a entender por qué los franceses hablaban de pequeña muerte, eso era, morir en un segundo, sentir que el placer se llevaba un poco de tu vida, te la arrancaba desde dentro, desde el propio nacimiento de la entraña.

Estaba enamorada de la vida, del amor, del placer que los cuerpos podían sentir y podían proporcionar. Estaba enamorada de la luz, del calor, del color, del mar, del cielo azul. Estaba enamorada de Sergio, el padre de mi hijo, de la palabra padre, de la palabra hijo. Estaba enamorada de las nubes, de mi nube, de ese estado de continua embriaguez que a veces sentía.

La vida cambiaba en tan solo un segundo, para bien o para mal la vida era un continuo cambio y yo lo sabía, lo sentía y lo presentía.

Tumbada en el sofá, pensando, sonriendo mientras acariciaba mi barriga, intentando dibujar su cara, imaginarla, lo sentí, por primera vez se comunicaba conmigo desde dentro, mi bebé

acababa de hacerse notar. Dí un pequeño respingo. De nuevo las lágrimas como protagonistas.



En cuanto entraba por la puerta Sergio se acercaba a saludarme al salón donde casi siempre me encontraba tumbada en el sofá, me besaba en los labios y a continuación en la barriga. Dejaba sus cosas, se ponía cómodo y volvía para sentarse a mi lado y acariciarme la panza, no paraba de hablar hasta que sentía al bebé y entonces permanecía en silencio, emocionado, esperando un nuevo contacto, una señal de que allí dentro estaba su hijo, nuestro hijo, nuestro bebé. Pocas veces lo había visto tan atento a un acontecimiento, si volvía a sentirlo su expresión cambiaba y comenzaba a hablarle como si ya estuviera aquí.

-Te va a gustar esto ya verás. Tienes la madre más bonita del mundo y la más cariñosa. Estamos deseando verte, tenerte en brazos, besarte...

A veces si no lo interrumpía podría pasarse horas así.

-Mímame a mi, es una manera de mimarlo a él. Si yo estoy contenta él estará contento.

-Ven, vamos a la habitación, anda.

Me recostaba en la cama y me dejaba mimar. Pieza a pieza me desnudaba despacio mientras sus manos iban haciendo pequeños círculos en mi piel relajando cada zona por la que pasaban, cerraba los ojos y me dejaba llevar hacia sus mundos imaginarios, sus descripciones de otros espacios me iban meciendo en un sueño arrastrándome a mágicos lugares. Cada vez me gustaba más estar con él en la intimidad de sus palabras, sintiendo el roce de sus manos en mi piel, acercaba sus dedos a mis labios y yo los atrapaba con mi lengua jugueteando, entreabriendo los ojos para verlo cerrar los suyos y suspirar, en ese momento sabía que era mío, entonces recorría su cuerpo con mis labios sintiendo su deseo, lo mordía

y lamía con cuidado, intentando controlar su placer. Nos dejábamos mecer por lo que sentíamos, bailando al ritmo de las olas, soñando, reviviendo otros momentos cercanos en el tiempo, quizás ayer, o tal vez mañana, pero sintiendo siempre que sus oleadas de placer me pertenecían.

Nuestros encuentros eran mágicos, me sentía como en nuestros primeros tiempos, así el deseo intenso de mi cuerpo por su cuerpo. Éramos fuego, pasión, éramos vida, amor, éramos uno. Sentía, sentía tanto y tan profundo que a veces no entendía y me dolía sentir tanto, pero ¿quién era el dueño del sentimiento? ¿quién podía decidir sobre sentir o dejar de hacerlo? ¿quién mandaba en el amor? o ¿quién decidía a quién amar y en qué intensidad? Sólo sabía que era feliz porque amaba y amaba hacia fuera y hacia adentro.

Mis amigas no paraban de decirme que aprovechara el momento que en poco tiempo dejaríamos de ser dos.

-Se te acabará la paz, la tranquilidad de poder levantarte a la hora que quieras los fines de semana, tendrás siempre sueño y estarás siempre cansada. Créeme, no habrá mucho tiempo para el sexo.

-¿Quién dice sexo? En eso ni pensarán, sólo querrán dormir o estar en silencio, esos serán tus únicos orgasmos.

-¿Orgasmos? ¿Y eso qué es? Ya no recuerdo la última vez que tuve uno.

-¿La última vez que tuviste qué?

Sergio interrumpió nuestra conversación, venía a buscarme y las tres estallamos en una carcajada.

-La última vez que tuve... un abrigo largo.

-No les hagas caso, cosas de mujeres. Hasta mañana chicas.

Salimos del café y desde la calle podíamos oír sus risas.

Comprendía lo difícil que podía resultar vivir con una embarazada. Siempre ensimismada, con cambios de humor muy profundos y fuertes, de la euforia a la más absoluta tristeza, siempre pensando que todo lo que ocurría a mi alrededor me afectaba y era yo la responsable, malinterpretando gestos, palabras y acciones, sintiéndome susceptible continuamente. Todo giraba, de una manera u otra en torno a mi y mi barriga. Me sentía como única mujer especial en el mundo, única en sentir tanto, única en amar tanto. Única en suerte y única en desdicha. Era feliz y no quería ni estaba dispuesta a que cualquier pequeñez enturbiase esos días de felicidad. Resumiendo: vivía en mi mundo y me sentía especial, porque realmente lo era, no todo el mundo podía estar en el mismo estado en el que me encontraba yo ni sentir lo que yo sentía.

Comenzaba a entender a los padres, sus prohibiciones, sus luchas internas, sus emociones, sus responsabilidades. Eso era lo que más pesaba en mi, la responsabilidad. Sentirme responsable de otra vida, de lo que podría ser y dejar de ser por como yo lo llevara y lo guiara. Ser responsable de lo que le pudiera suceder desde el minuto uno en mi cuerpo. Estaba unido a mi y estaba unido a mi destino. Lo que a mi me sucediese en este tiempo sería su sino.

Comencé a darle importancia a las personas que habían formado parte de mi vida. Había estado unida a mi madre por lo que ahora era mi ombligo, un pequeño metido hacia adentro con apariencia de nudo en medio del cuerpo había servido durante unos meses de unión y comunión con nuestra madre. En estos meses me sentía cada vez más unida a ella y cada vez la veía de una manera más tierna. Siempre la había querido,

pero ahora la necesitaba a mi lado, la sentía como una igual, me sentía protegida y comprendida. Sólo una mujer que pasó por determinados momentos en su vida comprende a otra mujer que está pasando por lo mismo.

Sergio a veces se sentía desplazado en nuestras conversaciones optando unas veces por salir a pasear y otras por quedarse observando cuánto nos parecíamos mi madre y yo. en una de esas salidas regresó con dos ramos de flores, uno para mi y otro para mi madre.

-Me emocionas, Sergio. Creo que vas a ser el mejor padre del mundo. ¡Qué bien los estás cuidando!

Mi madre abrazó a Sergio con fuerza.

-Tu hija me ha convertido en el hombre más feliz del mundo y cuando está contigo se relaja muchísimo, me encanta verla tan tranquila a tu lado. He tenido mucha suerte encontrándola y estoy muy agradecido por los cuidados que le das. Los dos te queremos de veras.

Mi madre no aguantó las lágrimas de la emoción y comenzamos las dos a llorar como dos tontas, las dos nos sentíamos un poco susceptibles. A mi madre, de alguna manera, también le afectaba mi embarazo. Iba a ser abuela. Y eso también era un privilegio.

Había varias clases de personas y a veces sentía que de una manera u otra todas estaban dentro de mí. Desde el primer momento de mi embarazo comencé a notar varios cambios importantes, uno de ellos era el de pasar por todos los posibles tipos de humor en un período corto de tiempo: podía amar y de pronto sentir enemistad por la misma persona en décimas de segundo, ser feliz y rápidamente ponerme a llorar sin motivo aparente pero con una gran tristeza que me acongojaba, pasaba de la calma a la más cruda tempestad en menos de lo que duraba un parpadeo. No sabía cómo etiquetarme. ¿Sería bipolar? ¿Cuántas personalidades podían encontrarse dentro de una mujer embarazada? Lo bueno era que más o menos me lo iba tomando con calma. Sabía que estaba bien cuando al llegar a casa Sergio se metía conmigo.

-¿A quién tenemos hoy aquí? Anda ven.

Sus arrumacos siempre me sentaban bien.

-Jo, sólo necesito que me mimes. Las embarazadas necesitamos sentir que nos quieren, sólo eso.

-Ya, sólo eso. ¡Pero qué cuento tienes!

Se acercaba a mí despacio con esa cara de travieso que me encantaba porque me hacía suponer el paso siguiente que iba a dar. Me tomaba entre sus brazos y mientras me abrazaba iba dándome pequeños besos dirigiéndome a la habitación.

-Eres un abusón. Te aprovechas de mi porque estoy embarazada y no puedo defenderme de tus besos.

En unos pasos más estábamos en la cama.

-Shhhhh, que no se entere el bebé.

Sus manos se habían vuelto expertas en adivinar qué necesitaba, sabían cómo relajarme y cómo vencerme, cómo volverme loca y cómo conseguir doblegarme, cómo mimarme

y cómo desarmarme. Me había convertido en adicta al placer de sus besos, de sus caricias, de su voz susurrándome al oído, adicta a su amor. Su aliento se había convertido en mi aire, sus caricias en mi alimento. Amaba a Sergio y sentía que mi vida sin él no tendría sentido. ¿Cómo se podía depender hasta tal punto de otra persona? Quizás sólo fuera una sensación pero sólo con pensar que podía faltarme en algún momento me sacudía un enorme escalofrío que me dejaba helada por el resto del día.

-No sé qué me pasa, estoy demasiado inquieta, lloro por todo...

-Es lo normal, ya hemos hablado de eso, a las hormonas les encanta jugar con las embarazadas.

Que fuera lo normal a veces no me tranquilizaba en absoluto, lo bueno era que pronto llegaría a su fin, después me ocurrirían otras cosas pero de ese tren ya me ocuparía cuando llegase. Llevaba unos días en los que notaba que sentía una especial empatía por las otras embarazadas que me encontraba en el camino, eso era normal, pero también la sentía por las personas mayores y por los niños, quizás porque los veía, al igual que me veía a mí, más vulnerables, cualquiera podía hacernos daño, yo al igual que ellos no podía echar a correr, a veces no podía ni caminar muy rápido, dependía de la postura que tuviera mi "inquilino" y de qué órgano me estuviese aplastando y qué decir de defenderme, no creo que pudiese alzar mi pierna hasta llegar a esa parte de la anatomía humana que tanto duele cuando le das una patada. No sabía por qué me paraba a pensar en estas cosas que antes ni siquiera consideraba.

Había ido al ginecólogo y había salido feliz, ya sabía qué sexo tenía mi bebé. Cuando Sergio llegó a casa lo abracé, le puse la mano en mi barriga.

-Cariño ¿Quieres saber si es niño o niña?

-¿Cómo? ¿Os ha dejado verlo? ¿Justo hoy que no te he podido acompañar? Vamos dímelo.

-Te estaba esperando para decírtelo, sólo lo sabemos el ginecólogo y yo.

-¿Es un Sergio o una Talara?

-¡Es un Sergio!

-¿En serio? ¿Es un Sergio? ¿No es una Talara?

Asentía y volvía a asentir con la cabeza para después negar como respuesta a sus preguntas.

-No sé por qué siempre pensé que era una niña, quizás en mi subconsciente tuviera ganas de que fuera como tú.

-Es un niño, se parecerá a su padre y yo estaré encantada de acompañarlo en su camino y enseñarle la vida y lo bonito que es vivir.

-¿Y ya has pensado en cómo lo llamaremos?

-¡Sergio!

-Dime

-Que se llamará Sergio, como tú.

-¿En serio? ¿Como yo?

Con todo lo que ya pesaba me abrazó y me levantó por el aire como si fuese una pluma.

-¡Bájame! ¡Sergio que me aplastas!

-Perdón. Es que no sabía que te gustaba tanto mi nombre.

-Me gustas tú y me gusta tu nombre. Tendré dos guardianes a partir de ahora.

-¡Serás una madre estupenda!

Qué fácil era, a veces, hacer feliz a un hombre. Casi todos los que había conocido a lo largo de mi vida hubiesen vivido mucho más felices si sus hijos mayores se llamasen como ellos, era un orgullo y una satisfacción personal, como si alguien les estuviese asegurando que así no se iban a morir nunca, que vivirían eternamente. Aunque a mi también me gustaría que, en caso de tener una niña, se llamase como yo, más por el hecho de pensar que mi nombre era tan extraño que era difícil que alguien lo utilizara para nombrar a una de sus hijas si no yo



misma. Pero también entendía que tener a dos personas con el mismo nombre en la misma casa podría ser un poco... bueno, quizás un poco simpático. La moda de llamar a los hijos como los padres había terminado hacía años, pero yo respetaba a Sergio, y sabía que para él el nombre era importante.

Me gustaba que fuera un niño, también me hubiese gustado que fuera una niña, realmente no me importaba si era niño o niña, me importaba que naciera sano y que fuera feliz. Algo que por ser tan evidente olvidábamos muchas veces preocupándonos por cosas absurdas como planear su futuro. Había escuchado a muchas madres hablar de sus hijos como si fuesen libros de instrucciones escritos ya por sus padres a los que podías programar, vidas sin sentido y sin sentimientos. ¿Por qué se empeñaban en tener los mejores hijos del mundo, los más listos, los que iban a tener más dinero y a conseguir grandes cosas? ¿Cuáles eran esas grandes cosas o esas grandes hazañas? Aunque el problema realmente no era tener el mejor hijo del mundo sino lo que venía detrás: "más listo que el tuyo", "más guapo que el tuyo", "más inteligente que el tuyo" ¡Qué poco valor se le daba a la salud, a la tranquilidad y a la felicidad! ¡La tranquilidad era la paz y la quietud del alma! ¡Podíamos ser felices con tan poco! La naturaleza nos brindaba lo mejor que podíamos desear y tener y todo la vida preocupándonos por tener más que..., ser mejores que... eso podía convertirse en un sinvivir, en una agonía continua. Todo aquel que intentaba ser "más...que" acababa siendo tan solo una imitación triste del otro. cada uno de nosotros teníamos que vivir lo mejor que pudiésemos e intentar conseguir nuestros sueños, no los sueños de los otros.

Era feliz, aquí y ahora porque iba a tener un hijo, porque ese hijo era fruto del amor entre Sergio y yo, porque ya los amaba a los dos por formar parte de mi vida y hacerme tan feliz.

En esas estaba cuando sonó el teléfono.

-¿Diga?

-¿Talara?

-Sí, ¿Quién es?

-¡Emily!

-¡Dios mío Emily! ¡Qué alegría! ¡Cuánto tiempo sin saber de tí! ¿Cómo estás?

-Bien, estoy bien. Tengo que darte una maravillosa noticia: ¡Estoy embarazada!

-¿En serio? ¿Estás... estás...? ¡Yo también!

-¡Enhorabuena, Talara! También quería decirte que voy a pasar por España con mi pareja y quería verte. Iremos en unas semanas, antes de que deje de poder viajar.

Nos pusimos a hablar durante no sé cuanto tiempo. Fue emocionante volver a escuchar su voz y saber que pronto volvería a estar a su lado aunque sólo fuera por unos días.

El saber que de nuevo vería a Emily hizo que me ilusionara, más si cabe de lo que ya estaba, por el hecho de saber que también esperaba un bebé. Íbamos a tener hijos de la misma edad, aunque posiblemente nunca podrían jugar juntos, eso me apenó, pero no era el momento de ponerme triste, tenía que preparar la llegada de Emily. Nuestra casa era pequeña, pero mi madre se ofreció a que utilizáramos la casa familiar, estaríamos mucho más cómodos todos y ella podría ocuparse un poco de nosotras y vernos más. Así que tanto a Emily como a mi nos pareció una idea fantástica. ¡Dejarnos querer por mi madre! ¡Qué locura!

Contaba los días que faltaban para poderme reunir con ella. Hacía planes con Sergio para llevarla a ver sitios, lugares mágicos de esos que se encuentran a lo largo y ancho de España. Como estábamos en Galicia la llevaría a ver parte de nuestros paraísos. Ya quedaba poco. Mi madre también estaba muy emocionada, quería a Emily como a otra hija, siempre le había transmitido muy buenas vibraciones, y otra cosa no, pero el sentido que tienen las madres para saber si alguien va a hacerle daño a sus hijos nunca, o casi nunca, falla. Aún era un misterio para mí, pero esperaba llegar también a desarrollarlo.

Mientras estaba ilusionada viendo pasar los días, yendo de aquí para allá con mi madre unas veces y con Sergio otras, nos encontramos con señoras encantadas de verme embarazadísima, tan contentas que todas, no sé por qué razón, tenían una historia negra sobre un familiar o sobre ellas mismas a la hora de traer hijos al mundo que no podían evitar contarme, por aquello de que no olvidase que todo se puede torcer en cualquier momento. Con lo pesimista que era yo para algunas cosas, no necesitaba que nadie me recordase tragedias,

que ya de eso se encargaba mi magnífico cerebro una y otra vez.

¿Habría un imán que atrajese hacia las personas que vivían momentos de felicidad, a la gente que sólo sabía contar tragedias? Mi madre siempre intentaba frenar ese tipo de conversaciones. Todos somos conscientes, en mayor o menor medida, de que las cosas pueden salir mal, o no salir como deseábamos, pero no soportaba tener a personas que sólo sabían contarte lo malo y nunca se arriesgaban a contar lo bueno, quizás por miedo a atraerlo.

-No pienses en eso, Talara, lo que haya de pasar, pasará, pero no te preocupes por cosas que le han sucedido a otros. ¿Sabes la cantidad de partos que salen bien? La inmensa mayoría, pero eso a estas señoras no les interesa contártelo. Son unas amargadas que sufren con la felicidad ajena.

-No te preocupes, mamá. Sólo espero que todo salga bien.

-Saldrá bien, ya verás. Ahora preocúpate de Emily y de lo bonito que será ese reencuentro. ¡Las dos embarazadas! ¡No puedo creerlo! ¡Me hace tan feliz!

Como Sergio no había podido venir conmigo a la revisión ginecológica, le pedí a mi madre que por esta vez lo sustituyera. Cuando me hicieron la ecografía mi madre se emocionó.

-¡Qué suerte tenéis ahora! ¡Yo nunca pude verte así! ¡Es increíble! ¡Mi nieto!

El médico se dejó vencer por los sentimientos de mi madre y al salir nos dio una "foto" de la ecografía del bebé a cada una.

-¡Gracias doctor! ¡La primera foto de mi nieto! Al llegar a casa la pondré en el álbum.

Y así mi madre se sintió la mujer más feliz del mundo.

Había momentos en la vida en los que una persona, de pronto, sin motivo, podía sentirse sola, triste, o desubicada. Por alguna razón comenzaba a sentirme así, extraña en mi cuerpo y rara en mi alma. El tiempo me había demostrado que lo mejor para estas situaciones era regresar a algún espacio conocido que me transmitiera paz o en el que me hubiera sentido cómoda alguna vez, poder tener esa sensación de sentirse en casa, a salvo.

Lo primero que solía hacer al llegar a una nueva ciudad era buscar esa sensación, daba igual que la encontrara en un lugar abierto o en uno cerrado. Necesitaba sentirme acogida y protegida, sentir que pertenecía a ese lugar, así, en un momento bajo, de esos que sólo me apetecía escapar del mundo, esconderme o desaparecer, me dirigía a ese lugar reconfortante que me recordaba que era bien recibida, que estaba viva y que no tenía ninguna razón para huir.

El lugar en el que alguna vez me había sentido bien, en el que había forjado buenos recuerdos era el que realmente me hacía sentir como en casa allí a dónde fuera.

El mar era uno de mis espacios favoritos, daba igual qué costa fuera la que bañara, a qué océano perteneciera, era lo general, era el conjunto, su sonido, su olor..., me mecía y me trasladaba siempre a momentos de mi vida en los que había reinado la paz. Me arrastraba al mundo mágico de los recuerdos... los recuerdos no eran más que otra manera de volver a vivir una parte pequeña de nuestra vida, una porción minúscula que nuestra mente, no sabía muy bien por qué, atrapaba y hacía que se repitiera una y otra vez. Yo tenía muy buenos recuerdos, recuerdos de personas, recuerdos de situaciones, recuerdos de emociones... Pero sabía que había que dudar de su fiabilidad, los recuerdos pasaban por el filtro de nuestra memoria y ella

era la encargada de conformarlos, de decidir qué olvidar y de qué acordarse, a qué recuerdo darle más importancia y de cuál huir, incluso podía a veces variar lo ocurrido. ¿Cuántas discusiones había tenido sobre lo sucedido, sobre lo dicho o incluso sobre la fecha y el lugar de algo que recordábamos más de una persona? Daba miedo pensar que parte de nuestros recuerdos podían estar siendo falseados por nuestra memoria. ¿Cuántas veces no recordábamos un nombre, o a una persona o incluso un lugar? ¿Cuántas habían desaparecido hechos que otros recordaban y afirmaban que nosotros habíamos estado allí?

Si era fácil ser manipulados por nuestra memoria, mucho más fácil era sentirse manipulado por otras perspectivas, o por otras personas que habían estudiado la manera de manipular a los demás. Nadie estaba en poder de la verdad absoluta y nuestros pensamientos deberían ser capaces de diferenciar. Por eso necesitaba el mar, a veces tranquilo y a veces tempestuoso, a veces luz y a veces oscuridad, como cada una de las personas que formábamos el universo.

Descalza, con los pies en el agua, paseando, serenando mi espíritu, el mar me había tranquilizado de nuevo. Me había hecho sentir en casa otra vez, me había reconfortado. Podía de nuevo respirar. Era consciente de que mi cuerpo cambiaba y de que mi alma también.

Ya quedaba poco para ver a Emily. Mi madre estaba emocionada, andaba como loca intentando arreglar la casa para recibir visitas: hacer camas, limpiar, dejar preparadas las cosas que necesitaríamos para alojarnos allí, llenar la nevera.

-No quiero que os falte de nada.

-Mamá, no vivimos a miles de kilómetros de un súper.

Protesté al ver todo lo que mi madre había comprado, pero mis protestas fueron ignoradas.

-Así nada os distraerá de vuestras confidencias. Dejo todo dispuesto para que no necesitéis salir de casa.

-Está bien. Pero tendré el coche aquí y tú estarás también, así que no hay que preocuparse si falta algo. Aquí todo se soluciona rápidamente.

Tras la noticia de mi embarazo mi madre había vuelto a revivir, volvía, casi, a ser la de siempre. Pero cuando le dije que Emily iba a venir y que ella también estaba embarazada desapareció de su alma cualquier atisbo de tristeza.

-¡Mis dos niñas, embarazadas y juntas!

Había tenido que sentarse para asumir tamaña alegría.

-¡Es una bendición del cielo!

Mi madre siempre había apreciado a mi amiga, pero desde que fue ella la que tuvo que cuidarme ese aprecio pasó a ser adoración.

-Yo te llevaré al aeropuerto a recogerla. ¿Ya sabes con quién viene?

-No, no me lo ha querido decir, es una sorpresa, sólo sé que es el padre de su bebé.

Había pasado una temporada tan preocupada por mi madre que me tranquilizaba verla tan feliz. Esperaba que su salud no se viese resentida por tantas emociones. El camino podía no ser

fácil y el de mi madre se había vuelto empedrado, pero en estas últimas semanas había recuperado sus ansias por vivir. La había sorprendido hablando con alguna amiga por teléfono comentando lo que suponía en su vida ser abuela, la alegría de volver a tener un bebé en la familia. La traición personal de Javier la había herido casi de muerte, apagando de un plumazo su sonrisa que de nuevo parecía brillar.

La luz del sol ayudaba a sentirse bien, aunque el otoño nos hiciese parecer grises e hiciera llorar el alma, podía darnos pequeñas treguas.

-Espero no molestarte, pero me encanta la sensación.

No cesaba de pasar por mi lado con alguna excusa para tocar una y otra vez mi barriga.

-Es lo más bonito de ser mujer, es algo que los hombres nunca podrán sentir. Hay algo que nos une a todas y es la sensación de ser las responsables de una nueva vida, el sentirla durante meses y el parirla, sentir el vacío que deja y la responsabilidad que arrastra, el vínculo que crea. No sé, lo entenderás en algún momento, seguro.

Miraba a mi madre como si estuviera delante de un extraterrestre. Ya me sentía unida a mi hijo de una manera plena y veía como algo maravilloso el hecho de poder sentirlo dentro de mí, moviéndose, interactuando conmigo. No había nada que pudiera molestarme. Me sentía más cercana a mi madre que nunca. Igual que mi bebé, yo había tenido esos lazos con ella, había ocupado su cuerpo, me había dado su aliento.



Por fin había llegado el día. Estaba tan emocionada que cuando Sergio se levantó para ir a trabajar ya estaba el desayuno en la mesa y todo recogido.

-Buenos días, cariño, ya veo que puede más la ansiedad de ver de nuevo a Emily que el cansancio por el embarazo.

-No podía esperar más a levantarme. Es como si por el hecho de estar levantada se me fuera a hacer más corta la mañana.

Me besó largamente en los labios.

-Disfruta el día, nos vemos por la noche.

-Así lo haré. No te olvides que hoy dormimos en la casa familiar. Procura no salir muy tarde.

Me puse toda melosa rozándome contra él como el que quiere que le den un mimo, una caricia, un beso.

-Voy a llegar tarde por tu culpa, no seas mala.

Me abrazó y me besó con ansia de poder terminar lo que habíamos empezado.

-Vamos, no te vayas aún, ven conmigo a la habitación.

-Hoy no puedo, llevo varios días llegando tarde y ya no se me ocurren excusas. Hoy tengo una reunión importante a primera hora.

Volvió a besarme y acarició mi barriga poniendo los ojos en blanco.

-Me matas, Talara. Te quiero.

Casi podría decir que se alejó corriendo. Estaba claro que la carne era débil. Me quedé sonriendo mientras terminaba de cerrar la maleta que ya había preparado.

-Espero no olvidarme de nada.

Desde que estaba embarazada había comenzado a hablar conmigo misma en alto, como si estuviera convencida de que

el bebé me escuchaba, me sorprendía acariciándome y dirigiéndome a él como a otra persona más.

Me había tumbado en el sofá un rato de puro cansancio y ese rato debió convertirse en horas. Me desperté sobresaltada por el sonido insistente del timbre y del teléfono. Todo a la vez, casi me muero del susto.

-¡Ya voy!

Abrí la puerta y me encontré a mi madre pálida, a punto casi de desmayarse. Me abrazó.

-Hija mía, pensé que te había pasado algo. Llevo llamándote al teléfono una hora y tocando el timbre que pensé que los vecinos iban a llamar a la policía.

-¡Cómo te gusta exagerar, por Dios! La verdad es que madrugué muchísimo, me puse a hacer un montón de cosas y el cansancio se apoderó de mí así que decidí tumbarme un rato, pero veo que me debí quedar dormida como un tronco porque ni me enteré. ¿Qué hora es?

-Ya teníamos que estar en el aeropuerto. Menos mal que se retrasó el avión. ¡Vamos! Estás lista, ¿no?

-Déjame pasar por el baño, debe estar empujándome la vejiga que no puedo más.

Llegamos al aeropuerto cuando acababa de aterrizar el avión que efectivamente venía con media hora de retraso..

Mi madre y yo impacientes cada vez que se abría la puerta automática nos poníamos de puntillas para saber quién llegaba, pero nunca era Emily. Tuve que sentarme varias veces temiendo un bajón de tensión pues no había comido nada desde el desayuno y me notaba floja. Mi madre se había acercado a una de las cafeterías del aeropuerto a comprarme un bocadillo y un zumo de naranja de esos envasados y bastante dulces. Después de tomar un poco de cada cosa ya me sentía mucho mejor.

-¡Emily! ¡Aquí! ¡Emily!

Me giré en dirección a donde gritaba mi madre y efectivamente, allí estaba Emily, con una barriga de un tamaño parecido a la mía se dirigía hacia nosotros intentando correr, con una sonrisa de oreja a oreja y varias bolsas en las manos.

-¡Talara! Por Dios ¡Estás guapísima!

Nos abrazamos de medio lado y riéndonos las dos.

-¡Cuántas ganas tenía de verte! Emily, ¿no venías con alguien? Emily sobresaltada se giró buscando a alguien.

-¡Dios mío! Lo he dejado solo con todas las maletas!

Emily desapareció entre la multitud que salía en dirección contraria a la suya y nos dejó a mi madre y a mi totalmente intrigadas.

Mi madre y yo nos mirábamos sorprendidas esperando descubrir pronto quién era el acompañante de Emily. Mi madre la vio de nuevo cruzar las puertas automáticas y buscaba con la mirada quién estaba acompañando a mi amiga.

-Aún no lo veo. ¿Tú lo ves, mi niña?

Yo intentaba, de puntillas, adivinar quién podía ser, pero no veía a nadie conocido.

-Ni idea, mamá. No veo nada.

Esperé a que Emily se acercara de nuevo a nosotras.

-Aquí le tenéis, el pobrecito intentaba mover él solo todas las maletas.

Emily miró nuestras caras como de no entender nada. Se giró y vio que de nuevo no estaba con ella.

-Este hombre me va a matar, siempre desaparece en unos momentos... Ah, ¡ahí está!

De nuevo nos dejó solas a mi madre y a mi, pero esta vez regresó enseguida del brazo de alguien al que no acabábamos de ver, mi madre y yo moviéndonos entre la gente para ver quién era el compañero de Emily.

-¡Talara, qué alegría volver a verte!

Él me abrazaba mientras yo me dejaba hacer sin poner nada de entusiasmo en el abrazo.

-¿Te acuerdas de Thomas?

-¡Thomas! ¡Cómo me iba a olvidar de él! Mamá este es Thomas, el que fue mi compañero de viaje primero y amigo después, cuando fui a Australia. Era él el que conducía cuando nos sacaron de la carretera, él el policía que intentó librarnos de más de una.

Mi madre le dio un abrazo emocionada, entretanto yo intentaba recomponerme del enorme escalofrío que aún seguía pegado a

mi espalda mientras un montón de recuerdos desagradables se cruzaban por mi cabeza.

-Perdóname, Thomas, no sabíamos quién era el acompañante de Emily y para mí ha sido una sorpresa, aunque agradable, me ha dejado un poco trastornada, no lo esperaba y a mi cabeza no dejan de asomarse imágenes de todos los momentos duros que vivimos contigo. ¡Me alegra mucho verte de nuevo!

Lo abracé, esta vez de verdad, como se abraza a los amigos, con calor de bienvenida, con el silencio que dice que aquí me tienes para lo que necesites, y con lágrimas en los ojos.

-¡Bienvenidos! Me alegro muchísimo de veros juntos y felices. Emily se abrazó de nuevo a mi y las dos lloramos. Mientras caminábamos abrazadas le dije en voz muy baja que tenía muchas cosas que contarme, que me alegraba de su elección y que quería saber qué había sido de Lucy, la exnovia de Thomas. La besé y me sonrió.

-¡Tengo tantas cosas que contarte! Por cierto ¿Dónde está Sergio?

-Justo hoy llegará tarde, están con mucho trabajo. Ya sabes Thomas cómo son esas cosas, y tú Emily si no lo sabes, lo sabrás pronto, ser la compañera de camino de un policía no es nada fácil. Verás qué alegría se va a llevar Sergio cuando sepa que tú eres el compañero de Emily.

Fuimos hasta la casa sin parar de hablar, emocionadas por el embarazo y por las nuevas circunstancias. Pensaba que no iba a volver a ver a Emily en mucho tiempo e iba a poder disfrutar de ella durante un par de semanas por lo menos.

-¡Qué alegría me ha dado saber que venías, no puedes ni imaginártelo! Y cuando me has dicho que también estabas embarazada la alegría fue mucho mayor. ¡Tenemos que obligarnos a vernos, Emily! Que nuestros hijos también sean amigos. Por cierto, ¿sabes? mi bebé es un niño.

Emily me abrazó.

-¡El mío es una niña!

Comenzamos a reírnos.

-¿De qué os reís tanto?

Sergio se acercaba a saludar a Emily.

-¡Qué alegría verte de nuevo!

En el mismo momento entraba en la habitación Thomas.

-¡Mate!

Sergio se volvió con cara de sorpresa y lo abrazó, le daba la mano y miraba a Emily.

-¿Así que es este bribón el que te robó el corazón?

Reíamos sin prisa, sin temores, sin miedo, reíamos.

Ya estábamos más tranquilos, aunque en un primer momento nos sorprendiera a todos ver a Emily con Thomas, nos alegraba el verlos tan felices juntos. Thomas se había portado siempre bien con nosotras, su ex había sido la que había tenido reparos y a la que nunca le había hecho mucha gracia nuestra amistad, de tal manera que cuando yo había regresado a España obligó a Thomas a que eligiera entre ella y nosotras, bueno, en realidad y Emily, pues yo ya no estaba. Durante una temporada se veían igualmente hasta que un día Lucy le dijo que se iba pues no aguantaba su amistad con Emily, que más que una pareja parecían un trío, y por ahí no pasaba. Así comenzaron a quedar más a menudo, Emily lo consolaba y él se desahogaba, al final una cosa los llevó a la otra y acabaron juntos.

-Resumiendo es más o menos lo que pasó. Al principio, como bien sabes, me caía un poco mal, lo veía un poco entrometido, pero poco a poco me fue cayendo mejor, ya entiendes como son estas cosas, mientras estuviste en coma no perdió el contacto conmigo aunque a Lucy le parecía fatal él la ignoraba. Tú regresaste a España y él fue un poco mi alegría, me reía mucho con él contando anécdotas de cuando estábamos los tres. Un día llegó y se abrazó a mi diciéndome que Lucy se había ido, que lo había dejado. Poco a poco comprendimos que nuestro camino era el mismo, que debíamos hacerlo juntos, y aquí estamos. Un poco sin querer me quedé embarazada pero la verdad que no nos importó, no nos planteamos nada más que tenerlo. Y bueno... here we are!

-Estoy inmensamente feliz por vosotros, estoy segura de que vais a estar muy bien juntos y con un bebé de la edad del mío, ¡es fantástico! Estoy muy emocionada Emily.

-No quiero perder el contacto con vosotros, así que he pensado que para que eso no suceda lo mejor es que seáis los padrinos de mi niña y a Thomas le ha parecido estupendo.

Me abracé de nuevo a ella emocionada.

-Me emocionas, siempre. Eres la mejor amiga que he tenido en mi vida.

-Tranquila que aún hay más. Thomas, ¿ se lo decimos?

Thomas se acercó a nosotras y trajo consigo a Sergio. Al llegar a nuestro lado agarró a Emily por la cintura y Sergio a mí.

-¡Adelante!

-Sergio, le decía a Talara que queremos que seáis los padrinos de nuestro bebé.

Sergio me acarició y yo lo besé.

-Y lo más importante. -Esta vez el que hablaba era Thomas. - Se llamará Talara, si os parece bien.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas, besé de nuevo a Sergio y me abracé a Emily y a Thomas dándoles las gracias emocionada.

-Nunca imaginé que alguien iba a llevar mi nombre. Me haces plenamente feliz, bueno, me hacéis. Que se vaya a llamar como yo es el mejor regalo que podíais hacerme.

No podía impedir que las lágrimas cayeran por mis mejillas. Miré a mi madre que también lloraba en silencio, mi nombre siempre había significado mucho para ella.



La importancia de un nombre... Mi nombre siempre me había gustado, por original y diferente, por lo que significaba para mi madre, por lo que decía de mí. Cuando era pequeña pensaba ponérselo a mi hija, porque estaba convencida de que iba a tener una niña, pero con el tiempo había desistido un poco al comprender que un nombre tan diferente no siempre era bueno. Cualquiera podía identificarte, cuando alguien decía tu nombre todo el mundo sabía que era de ti de quien hablaban, daba igual en qué parte del mundo estuvieras, y eso era una cruz. Siempre había sido una persona discreta, en general tímida y eso hacía, por otra parte, que mi nombre no fuera muy conocido. A mi me gustaba, me sentía identificada, me agradaba su significado. Llamarle Talara, Lluvia, incluso en español, me parecía hermoso.

Era un arma de doble filo. Un nombre te gustaba o no dependiendo de cómo te cayera la persona que lo llevaba, generalmente las personas son las que hacen al nombre. Había nombres que no me decían nada, hasta que conocía a alguien que me encantaba, que veía noble, o bueno y entonces ese nombre pasaba a ocupar el lugar de los nombres mágicos de persona, ese lugar encantador al que no todos podían acceder. Sergio, desde el día que lo había conocido, había pasado a formar parte de esa lista de nombres mágicos, su significado y lo que él como persona significaba para mí lo hacían maravilloso y adorable.

El hecho de pronunciar un nombre y sonreír era lo que lo hacía diferente, interesante, valioso. Muchas veces me habían dicho que tenía un nombre fantástico para triunfar en la vida o ser una celebridad. ¿Qué querían decir cuándo me decían eso? Yo ya era importante para algunas personas, ¿qué necesidad podía

tener en ser famosa o demasiado conocida o que mi nombre resonara en todo el mundo? Tener un nombre diferente ya me hacía, de algún modo, sentirme distinta. Lo principal era ser querida por mi gente, por mi familia y por mis amigos.

Lo verdaderamente trascendental de un nombre era que hubiera alguien en tu vida tan importante para ti, que con sólo el hecho de pronunciarlo te hiciera temblar de arriba a abajo, te hiciera estremecer e hiciera que tu nombre por muy conocido que fuera, sonara totalmente diferente.

-Talara

La voz de Sergio me hizo temblar y alejarme de mis pensamientos, aunque no de todo.

-Dilo otra vez.

-¿Tu nombre?

-Sí

-Talara.

Cerré los ojos y me empapé de su voz.

-Talara.

Su voz era lo que hacía que yo sintiera mi nombre diferente, importante, era la que le daba valor ante mí.

-Talara.

Él seguía pronunciando mi nombre como si no pudiera dejar de hacerlo y yo lo respiraba en su voz como si fuera aire, porque cada vez que lo repetía algo nuevo crecía en mí. Su voz me daba valor para seguir, me daba la fuerza que a veces me faltaba, me daba la confianza que alguna vez había perdido. Desde la primera vez que lo escuché de sus labios, mi nombre en su voz me daba vida.

En todo el tiempo que Emily había pasado aquí no habíamos parado ni un momento. La habíamos llevado de un sitio a otro procurando enseñarle gran parte de las cosas bonitas que tenía mi tierra. Había sido obligada la visita a Santiago, allí nos habíamos conocido y allí nos habíamos hecho amigas. Ahora paseábamos por las calles riendo y recordando nuestra etapa universitaria.

-¡Qué tiempos! No pensábamos en que al cabo de los años nos veríamos embarazadas paseando por estas mismas calles.

-La verdad que nunca pensé que iba a volver y aquí me tienes. Desde Vivero a Tui paseamos por toda la costa llevándola a lugares en los que antes no había estado. Cascadas como la de Ézaro, playas como la de las Catedrales, el banco más bonito del mundo, cañones de ríos como el del Sil, paseos en barco, aprovechando que el buen tiempo nos había alargado el verano pasamos unos días más que agradables los cuatro juntos, aunque a veces mi madre también se unía a la fiesta.

Se acercaba el día de la despedida y ninguna de las dos teníamos ganas de hablar de ello. Sergio y Thomas no se separaban ni un momento y no dejaban de hablar de sus cosas, daba gusto ver que los cuatro éramos buenos amigos, conocía muchas personas que habían roto amistades de muchos años por culpa de sus parejas. ¡Qué difícil podía ser a veces convivir!

-A nosotras nadie habría podido separarnos nunca, Talara, lo sabes.

-Es cierto, tienes toda la razón, pero hemos tenido mucha suerte, no nos hace falta luchar por estar juntas.

Gran parte de nuestro tiempo se iba en hablar de nuestro embarazo y de nuestros futuros bebés. Las dos lo habíamos

llevado muy bien, con altos y bajos en el humor, pero nada fuera de lo normal. Emily me había confesado que se había enamorado de Thomas mientras yo estuve en el hospital. Él se había encargado de muchas cosas y la había apoyado en muchas otras, siempre lo había sentido muy cercano. Hablar con Emily hacía que regresara a mi juventud, a ese momento de la existencia en el que se descubren las verdaderas amistades, los primeros amores, aquellos que marcan la vida, la felicidad de la familia, las justas responsabilidades, los primeros errores y el comienzo o la elección de los primeros pasos hacia lo que será tu futuro, enfilarse la ruta, con curvas y altibajos, con cambios de velocidad y atascos. La vida, cómo se nos complicaba a veces, cómo nos hacía tomar decisiones no siempre acertadas. Con qué poco podía cambiar mucho. Yo me había dejado fluir muchas veces, como el agua, como la lluvia, dejando que las cosas sucedieran, dejándome arrastrar por su fuerza, sin poner resistencia, sin luchar. Y ahora estaba en mitad de mi vida, esperando la llegada de mi primer hijo, enamorada de Sergio y olvidando algunos de los acontecimientos más recientes que habían hecho que mi historia diese un vuelco.

-Talara, mañana nos vamos con una enorme pena, pero con la esperanza de vernos muy pronto y eso me hace totalmente feliz. Deseo que todo te salga bien estoy deseando reencontrarnos con los dos bebés.

-Emily, te voy a echar mucho de menos hasta el reencuentro. Yo también deseo que todo te salga bien y cuento los días para vernos de nuevo, pero me encanta saber que esto pronto sucederá.

Nos abrazamos y la besé.

-Te quiero Emily.

-Y yo a ti Talara.

En el descanso de uno de esos momentos de complicidad, recibí el mensaje de un amigo de mucho tiempo atrás informándome del triste fallecimiento de un amigo común, me invadió la pena de no poder estar en los momentos complicados de la vida. Tomé papel y lápiz y escribí:

En silencio,  
como una pequeña hoja de árbol caduco,  
en silencio y en otoño,  
apagándose poco a poco,  
sin quejido, sin lamento.  
Gracias, Miguel,  
dónde estés,  
cuídanos.

Me desperté con ansiedad sin saber muy bien a qué se debía. Fui a la cocina a preparar el desayuno y sentí la casa muy silenciosa, demasiado silenciosa.

-¡Sergio! ¡Emily! ¡Thomas!

Mi madre apareció en la puerta.

-Cariño, Sergio los acompañó al aeropuerto, no quisieron despertarte. Emily sabe que las despedidas te afectan mucho y quiso evitarte el mal trago.

Me senté con un fuerte dolor en el pecho, de pronto no podía respirar. Mi madre se acercó a mí.

-Tranquila cariño. Pronto os veréis de nuevo. Respira despacio, vamos mi niña. Así, muy bien. Ya pasó.

Desayunamos las dos en silencio, yo con la mente perdida en mis cosas y sin entender a qué venía el gesto de irse sin despedirse. A veces los amigos no entendían nada.

Cuando sentí las llaves en la puerta me levanté corriendo y fui a abrir a Sergio. Sin darle tiempo a reaccionar comencé a hablar.

-¿Cómo es posible que no me hayas despertado? ¿Cómo has permitido que se fueran sin despedirse de mí? No lo entiendo, Sergio.

-Talara, íbamos con el tiempo justo, no sonó el despertador, era tarde, salimos con prisas, Emily me dijo que no te despertara, sabe que te afectan las despedidas y como pronto os veréis no le di importancia. Lo siento cariño.

-¡Déjame en paz!

Sergio había intentado besarme y yo no se lo había permitido. Me había enfadado bastante, pero nada que no pudiera solucionarse con una llamada de teléfono de Emily desde el aeropuerto.

-Querida, estabas tan dormida que me dio pena despertarte. Lo siento.

-No te preocupes, todo está bien. Pronto nos veremos. Que tengáis buen viaje. Cuidaos mucho.

El enfado se me había pasado, pero a Sergio iba a tardar varios días en perdonárselo.

Esa tarde tenía cita en el médico pero no se lo recordé y salí sola de casa, sigilosa, para no tener que dar explicaciones. Todo estaba en orden, si todo salía como esperaba en unas tres o cuatro semanas tendría a mi bebé en mis brazos. Me emocionaba la idea de tal manera que me olvidé de mi enfado y llamé a Sergio.

-Todo está bien, cariño, el bebé está ya colocado y en unas semanas lo tendremos en casa.

-Talara, por Dios, se me había olvidado, tengo tantas cosas en la cabeza..., ¿cómo no me has avisado? te hubiera acompañado.

-Necesitaba ir sola, estar sola. Me molestó mucho lo de esta mañana.

-Eres un caso. Ven con cuidado.

Estaba contenta, subí al coche tarareando una de mis canciones favoritas de Pablo Alborán, mi Pablo Alborán, cuánto tiempo sin escucharlo, busqué en la guantera el cable para poner Spotify desde mi móvil. Busqué mi playlist y canté: "No hay quien se atreva a dudar de ti y de mí, ni quién controle este amor y este sufrir... No hay quién me pare yo sé que es verdad. Sé que te asustan mis ganas de luchar..."

Miraba por el espejo retrovisor, había un coche a lo lejos que me parecía familiar, como si no fuera la única vez que estuviera detrás de mí. Se acercaba a cierta velocidad, me estaba poniendo nerviosa. Intenté coger el teléfono para llamar a Sergio, se me cayó a la alfombrilla.

-¡Mierda!

A través del espejo lo vi tan cerca que me agarré fuertemente al volante esperando lo peor.



La tensión interior iba en aumento, miraba una y otra vez mi teléfono en el suelo sabiendo que con el tamaño de mi barriga sería imposible acceder a él y regresaba la vista al espejo retrovisor. Se me ocurría que podía intentar algo:

-¡Oye Siri!

Esperé a ver si tenía respuesta.

-¡Oye Siri! ¡Mierda! ¿Por qué no le hice caso a Sergio, por qué no preparé el teléfono para poder enviar un mensaje a Siri estando apagado? Dios mío, estoy hablando sola.

Me estaba poniendo demasiado nerviosa, a penas podía ver al coche de atrás de lo pegado a mí que se había puesto. ¿Cómo era posible que volvieran a pasarme estas cosas? Hice un esfuerzo y de nuevo miré por el espejo retrovisor, esperando poder ver la cara del conductor. ¡No podía ser! Moví un poco el espejo para cerciorarme de que estaba mirando bien y que no eran alucinaciones o imaginaciones mías, de nuevo miré y en efecto, era Javier, no paraba de hacerme espavientos con las manos señalándome el arcén. Estaba clara su intención, quería hacerme parar y seguro acabar conmigo, así que no le hice caso y seguí a más velocidad de la permitida, muriéndome de miedo, por unos breves instantes me había olvidado del bebé que albergaba en mi interior, hasta que mi corazón empezó a latir tan rápido que el bebé comenzó a moverse llegando a hacerme daño. ¿Era posible que estuviera sintiendo toda mi ira? posiblemente sí, saqué una de mis manos del volante y comencé a acariciarme la barriga, intentando calmarlo y calmarme, pero era imposible, el bebé seguía moviéndose en mi interior, me estaba haciendo cada vez más daño y presentía que si seguía moviéndose así el cinturón de seguridad podría acabar con él. Puse el intermitente y me metí hacia el arcén,

olvidándome del coche que me seguía, miré por el espejo y vi que hacía la misma maniobra que yo, estaba perdida, pero en aquel momento pesó más sobre mí la vida del bebé que la mía propia sin darme cuenta que las dos iban, de momento, unidas. Bajé del coche al tiempo que Javier, lo miré con odio y lo vi acercarse a mí corriendo.

-¡Vete! ¡Déjame en paz! ¿No ves que estoy embarazada?

Se acercó a mí y me agarró por un brazo.

-¡Suéltame!

Tiró de mí hasta conseguir llevarme entre árboles.

-Shhhhhh. Talara, por Dios, tranquilízate, no voy a hacerte daño, por favor, shhhhhh, cállate, me están siguiendo y quieren matarme.

Me deshice de sus brazos.

-¡Cómo puedes tener tanta cara! No puedes hacerte una idea de todo lo que hemos sufrido por tu culpas, ¡te odio!, ¿lo entiendes? ¡te odio!

Al tiempo que gritaba esas palabras el dolor de mi barriga se hizo insoportable, el bebé se estaba girando, se daba la vuelta, se estaba desencajando, Dios mío, ¿qué iba a pasar ahora? Estaba pendiente de los movimientos que sufría mi barriga, pero también me había dado cuenta de que otro coche estaba entrando en el mismo lugar en el que nosotros habíamos aparcado.

-¿Qué está pasando, Javier?

-Por el amor de Dios, necesito que guardes silencio. Vienen a por mí, vienen a matarme.

-Por favor, Javier. Necesito ir al hospital, algo le está pasando a mi bebé. Dios mío, ¡estoy rompiendo aguas!

Un líquido templado recorría mis piernas haciéndome sentir estúpida, iba a ponerme de parto en medio de la nada y por compañía tendría a la persona a la que más rencor le guardaba.

Javier me tapó la boca con sus manos apretándome contra uno de los árboles, intenté morderle pero era imposible, tenía demasiada fuerza y yo me estaba sintiendo demasiado floja, se me comenzaban a doblar las piernas, quizás por el miedo, quizás por el dolor, o quizás por los nervios. Escuché una sirena de un coche de policía y a los pocos segundos un derrape de un coche, el coche que seguía a Javier salía huyendo. Escuché mi nombre, era Sergio quien me llamaba. Como en una ensoñación grité:

-Sergio, ¡gracias a Dios!

Sentí como las fuerzas se me iban y cómo me escurría del abrazo de Javier.

-Talara, por favor...

Escuchaba un ruido atronador, como una sirena, estaba tan cansada que no tenía fuerzas para moverme, sin abrir los ojos hablé a mi madre.

-Por favor mamá que pare ese ruido.

-Bien, se está despertando.

Asustada por esa voz que no era de nadie que yo conociera abrí los ojos al tiempo que intentaba incorporarme y comprendía que estaba sujeta a algo que me lo impedía.

-¿Quién es usted? ¿Qué está pasando? ¿Qué quiere de mí?

El ruido de la sirena era ensordecedor.

-Tranquila, estamos de camino al hospital. Su marido viene detrás en el coche de policía.

-Por favor, mi bebé, dígame, ¿está bien?

-Tranquila, de momento lo estoy escuchando, no se preocupe, todo va a estar bien.

Llegamos al hospital y me sacaron en camilla, un grupo de personas se abalanzó sobre mí, alguien me pinchaba, alguien me preguntaba cosas, y entre todas esas voces que intentaban decirme algo, surgió una que llamó mi atención, la voz de Sergio.

-Cariño. ¿Qué ha pasado? No puedo dejarte sola, siempre la lías.

Me acariciaba con ternura.

-Todo saldrá bien, mi amor.

-Vaya cubriendo los impresos, alguien saldrá a hablar con usted en un momento, a partir de aquí tiene que continuar sola.

-Te quiero, mi vida.

Las palabras de Sergio se abrían paso por mis venas, eran mi consuelo, eran mi alimento, mi esperanza, eran lo que me daba vida.

-Talara, ¿ese es su nombre, no?

Moví la cabeza afirmativamente.

-Ha roto aguas y el bebé por algún motivo ha cambiado su posición. Creemos que el cordón puede haberse enrollado en su cuello. Vamos a dormirla y a practicarle una cesárea, ¿entiende lo que le estoy diciendo?

De nuevo asentí con la cabeza y las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas..

-Ahora vendrán a prepararla, intente estar tranquila, en unas horas podrá ver a su bebé.

Intenté relajarme, acariciaba mi barriga e intentaba respirar profunda y sosegadamente. Hacía todo lo que me pedían distraídamente, pero intentaba darle ánimos, desde mi cabeza, a mi bebé, hablé con él en todo momento hasta que me quedé dormida.

-Todo saldrá bien, cariño, todo saldrá bien, no tengas miedo, mamá está contigo, pronto nos veremos, tranquilo, mi niño, tranquilo.

No sé cuánto tiempo estuve en quirófano, me desperté agotada, nerviosa, tardé unos minutos en ser consciente de lo que había ocurrido. A mi lado estaba Sergio.

-¿Cómo está el bebé?

Sergio vino hacia mí.

-Es precioso, tenemos un niño totalmente sano y que tiene ganas de estar con su madre.

-Me gustaría verlo.

-Tendrás que esperar a que vengan a verte, el bebé tiene que estar vigilado durante unos días, ha pasado demasiado estrés y ha nacido tres semanas antes de tiempo.

Tenía mi mano entre las suyas, la acariciaba y se la acercaba a los labios para besarla, la giré y le acaricié la cara.

-Gracias, Sergio. Realmente eres mi guardián, empiezo a creer que de verdad eres mi ángel.

-Talara, tú sí eres mi ángel, y mi vida. No me gusta verte sufrir. Entró el médico y me pidió calma.

-El niño está bien, da la talla y el peso, así que no tendrá que estar en la incubadora pero de momento tiene que estar vigilado. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo? ¿No? pues en un rato pediré que te lleven a ver a tu bebé, pero tendrás que ir en silla de ruedas, ha sido un poco complicado, tienes que estar agotada. Puedes llamar a la familia para que vengan a verlo, eso sí, solo tú puedes entrar a estar con él un rato.

El médico salió y comencé a llorar.

-Talara, el niño está bien y tú también, ha sido complicado pero los dos estáis bien.

-Lloro de alegría, de nervios, lloro de amor. Sergio, necesito ver a mi madre, no sé bien por qué pero me siento muy unida ahora a ella y necesito hacérselo saber, que la quiero con toda mi alma y que entiendo todo su sufrimiento por mí, toda la angustia y el dolor por el que pasó.

Sergio cogió su teléfono y comenzó a marcar con una enorme sonrisa.

Me sentía más cerca que nunca de mi madre. En cuanto abrió la puerta de la habitación vino directa a mí y me abrazó.

-Te quiero, mamá. Gracias por todo lo que has hecho por mí, gracias por haberme querido tanto. Necesitaba decírtelo, necesitaba que lo supieras.

-Lo sé cariño. Ser madre hace que cambie nuestra perspectiva de vida, nos hace sentir diferentes, y eso está bien, recuerdo que yo sentí lo mismo cuando tú naciste, le dije a tu padre que antes que a nadie quería ver a mis padres, lo necesitaba, por primera vez entendía lo que sentían por mí, lo que habían sufrido y lo que me querían, para demostrárselo fueron los primeros en verte, así que no sabes cuánto me alegra saber que sientes lo mismo, eso es que hice bien mi trabajo como madre. Te adoro, mi niña. ¿Cómo estás, cómo te encuentras? Sergio me explico por encima lo que había pasado.

-Ahora no quiero hablar de eso. Quiero ir a ver a mi niño y quiero que me acompañes a verlo, Sergio ya lo ha visto y ha podido tenerlo en sus brazos.

Una enfermera me ayudó a ponerme en pie y a sentarme en la silla, el dolor hizo que un par de lágrimas resbalasen por mis mejillas pero no me quejé, necesitaba ver a mi niño. Primero lo vimos desde fuera de la sala, a través de un cristal, una enfermera lo señaló.

-Mira mamá, Sergio, ¡qué guapo es!

No sabía si mi hijo era guapo o feo pero desde luego que para mí era el bebé más bonito del mundo, su vida ya venía marcada por haber nacido antes de tiempo, por la necesidad de salir y ser independiente, ser sin mí, pero ser conmigo. Adoraba a ese pequeño ser que lloraba del otro lado del cristal. ¿Cómo era posible sentir tanto amor por alguien al que nunca habías visto,

al que solo habías imaginado durante unos pocos meses? La naturaleza realmente era sabia, nos hacía comprender, en a penas un segundo, la importancia de amar y ser amado, todo lo que significaba el amor entre personas estaba ahí, resumido en un pequeño ser, diminuto y llorón.

-Usted tiene que quedarse aquí.

Mi madre me apretó el hombro con cariño.

-¡Es el bebé más lindo del mundo!

La enfermera me acercó a su cunita.

-Ahí lo tiene. ¿Quiere que se lo ponga en los brazos?

Asentí con la cabeza, el pequeño Sergio lloraba, la enfermera lo cogió con mucho cuidado y lo reposó en mis brazos, pero lo apoyó en mis piernas. Acaricié su pequeña carita y dejó de llorar hizo un gesto con los labios buscando el pecho de su madre se giró hacia mí mientras la enfermera se acercaba con un pequeño biberón lleno de un líquido transparente.

-Es suero, es bueno que se lo de usted, hay que ir forjando lazos.

La enfermera me acarició el pelo, gesto que le agradecí enormemente, y se alejó de la escena dejándonos un poco de intimidad.

-Mi pequeño. Cómo siento haberte hecho sufrir, no tenías que haber nacido todavía... pero qué bonito eres. Te pareces a papá y eso me gusta, me gusta mucho. ¿Sabes? está muy orgulloso de nosotros y encantado de que te llames como él. Sergio, ¿te gusta?

Se separó un poco del biberón y me miró sonriendo como sonríen los bebés, sin saber, pero con una carita de felicidad tan grande que consiguen que todos estemos felices.

-Te quiero, mi pequeñito, espero que seas muy feliz a nuestro lado.



Cuando se acercó a mí la enfermera a retirarme al niño de los brazos, la miré y lo puse sobre mi barriga.

-Parece increíble, ¿verdad? Hace unas horas estaba así pero dentro, ocupándolo todo, realmente es mágico.

-Realmente es la vida.

Lo único que me había importado realmente en esos días había sido el ver bien a mi bebé y que todo transcurriese con normalidad en el hospital, no quería que nadie nombrara a Javier. Esperaba que en cualquier momento entrase Sergio por la puerta para venir a buscarnos. Arreglaba mis cosas y las del bebé.

-Si necesitas algo no dudes en llamar. Ya verás como no vas a tener ningún problema y lo criarás fenomenal. No te preocupes por nada, quizás te sientas un poco triste al principio, son las hormonas, ya sabes que siempre que cambian ellas nos cambian a nosotras, son unas jodidas.

Abracé a la enfermera que más me había ayudado en esos días, la que había estado más pendiente de nosotros.

-Muchísimas gracias por todo, me has ayudado muchísimo, bueno todas me han ayudado muchísimo pero tú... te agradezco tanto tu cariño. Lo necesitaba, y mucho. Adiós, volveré a hacerte una visita cuando tenga que traer a Sergio a revisión.

Ella también me abrazó.

-No te olvides, estaré esperándoos. Pórtate bien con mami, Sergio, que te ha puesto un nombre bien bonito.

Me alejé de allí lanzando besos. Una vez en el coche Sergio intentó sacar el tema de lo que había ocurrido antes de nacer el niño.

-No, Sergio, todavía no, no puedo y no quiero, no estoy con fuerzas. No me interesa nada más que ir a casa y comenzar de nuevo la vida con nuestro bebé.

-Está bien, intentaré que nadie te moleste en unos días, pero tarde o temprano tendremos que hablar de todo, vas a tener que declarar.

-Déjalo ya, Sergio, te quiero y necesito estar tranquila contigo y con el bebé, dame unos días, por favor no me hables de eso en unos días y en cuanto pueda te contaré todo lo que sé.

A penas llevábamos unas horas en casa, sonó el teléfono, salí corriendo a por él no fuera a despertar al pequeño nuevo inquilino.

-¿Sí?

-Talara ¿Eres tú?

-Sí, soy yo.

-¡Soy Emily! ¿Cómo estás? ¿Qué tal ha ido todo?

Nada más escuchar la primera pregunta las lágrimas comenzaron a escaparse de mis ojos como si les hubiese prohibido antes salir y ahora se lo permitiese.

-Emily, ¡qué alegría me da oírte!

-¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Se hizo un largo silencio, o eso me pareció, pues mis suspiros y mis hipos no me permitían a penas escuchar nada.

-Tranquila. Te quiero, Talara. Respira despacio cálmate un poco, anda, venga, en unas semanas mi bebé estará también aquí.

Intenté tranquilizarme pero no era capaz, respiraba despacio y eso comenzó a tranquilizarme, o por lo menos a que mis lágrimas dejasen de fluir tan alegremente.

-No sé qué me pasa. Cada vez que alguien me llama, bueno, cada vez que alguien me pregunta cómo estoy no puedo evitar comenzar a llorar.

-Talara, son las hormonas, no nos dejan ni un respiro.

-No sé lo que es pero me agota.

-Es normal, piensa que son grandes cambios en poco tiempo, no todo el mundo reacciona de la misma manera, pero no debes agobiarte.

-Lo sé, pero no puedo evitarlo.

Hablamos largamente de lo que había ocurrido y de cómo había transcurrido el parto, Emily estaba muy interesada en saber todos los detalles.

-Bueno, tengo que dejarte ya que mi niño me está reclamando.

-No te preocupes, aquí es muy tarde ya y yo también debería descansar.

-Aprovecha ahora que luego será más complicado. Te quiero, Emily, gracias por llamar.

-No seas tonta. Yo también te quiero a ti. Un abrazo.

Colgué el teléfono moqueando aún. Esos primeros días de contacto con el bebé resultaron ser más duros de lo que había pensado. Sergio trabajaba todo el día y yo sola en casa, todo el día también, cambiando pañales continuamente y con la idea de no ser otra cosa más que alimento de bebé, con el pequeño Sergio colgado a mi pecho a todas horas, sin poder hacer otra cosa más que mirar para él, el día con todas y cada una de sus horas no eran suficientes para hacer todo lo que se esperaba que hiciera. Había días que daban las dos de la tarde y seguía en pijama sin haber podido ducharme, sin haber podido hacer la comida. ¿Qué me estaba pasando? ¿Me había convertido en una inútil? Dormía fatal y muy poco obsesionada por la seguridad del bebé, por saber que seguía bien, que no le había pasado nada. Cada vez que se movía yo me despertaba, estaba claro que su nacimiento había agudizado mis sentidos. Mis ojeras se hacían enormes y la irritabilidad comenzaba a hacer huella en mí, lloraba por todo, la paciencia se me agotaba en seguida y cualquier cosa que me dijeran la tomaba como una ofensa.

Ese día Sergio llegó a casa pronto, hizo la comida para los dos, al terminar de comer se acercó a mí, me acarició el pelo, tomó a Sergio en sus brazos y me besó en los labios.

-Ve a descansar, cariño. Hoy puedo quedarme con él, además tenemos que hablar.

Esas eran las palabras que menos me gustaba escuchar, pero tan cansada estaba que lo besé y me dirigí a nuestra habitación.

-Sí, tenemos que hablar.

La siesta me había sentado genial. No era consciente de cuantas horas había pasado durmiendo pero sí sabía que me había quedado relajada por fin. Llegué al salón y vi que estaba mi madre.

-¿Por qué no me despertasteis antes?

Al escuchar mi voz mi madre se volvió hacia mí y pude comprobar que estaba llorando, intentó disimularlo, pero ya era tarde para eso.

-¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Sergio comenzó a hablar.

-Siéntate cariño. Tengo que decirte algo.

Me acerqué en silencio a mi madre, la besé en la frente, tomé su mano entre las mías y me senté a su lado.

-Te escucho.

-Bien, el día que te pusiste de parto aparecí en un momento crítico, ¿recuerdas?

-Sí, ¿cómo olvidarlo?

-Bien, cuando yo llegué estabas con Javier y te desmayaste.

-Sí, también lo recuerdo.

Mi madre intentaba aguantar un dolor que se le iba escapando poco a poco en forma de fino aullido y que me hizo estremecer.

-Te desmayaste en sus brazos, estábamos tan pendientes de ti, que aunque le puse a una persona para vigilarlo hasta que se aclarasen las cosas consiguió huir.

-¡Genial! ¡Vaya noticia! Vendrá de nuevo a por mí. Lo que no entiendo es por qué estaba libre y por qué nadie me lo contó.

-Le habían reducido la pena por buena conducta, por falta de antecedentes y por ayudarnos a entender el caso. Realmente no era culpable.

-¿No "era" culpable?

Mi madre soltó un grito desgarrador.

-Apareció muerto esta mañana, en la orilla de la playa, le han propinado una buena paliza y lo remataron con un tiro.

Tuve que sentarme, no daba crédito a lo que estaba escuchando.

-¿Qué dices, Sergio?

-Lo han asesinado, Talara, estaba ayudando a la policía a encontrar al verdadero culpable de lo que te pasó, él sabía muchas cosas, tenía demasiada información.

-¿Sabéis quién lo hizo? ¿Y si vienen a por mí? ¿Y si le hacen algo al bebé?

-Seguimos una pista, no puedo contarte nada más. Pronto se solucionará todo.

-Tengo miedo, Sergio.

-Estaremos vigilando las 24 horas del día, tranquila cariño.

-Mamá te quedarás con nosotros hasta que pase todo.

Mi madre asentía mientras las lágrimas no paraban de resbalar por sus mejillas, su mano entre las mías, apoyada su cabeza en mi hombro. Después de un largo silencio, tomó aliento.

-¿Cómo han podido...? ¿Quién ha podido...? Es todo tan cruel... Sólo Dios sabe lo que habrá sufrido.

Esperó un rato antes de continuar.

-He de deciros algo.

Sergio y yo la mirábamos sorprendidos.

- Hace un par de semanas recibí una carta, no tenía remitente, pero la letra era conocida por mí así que la abrí temblando, miré la firma y era, efectivamente, de Javier. Dudé, por un momento, si debía romperla o leerla, opté por la segunda opción, decidí darle otra oportunidad, a veces, aunque todas las pistas señalen en la misma dirección no tienen por qué estar apuntando al mismo sitio. Se disculpaba, me pedía perdón por no haber sabido protegerte, pero me decía que no había tenido

nada que ver con tu intento de asesinato, que podía estar tranquila, que no me había traicionado.

Sergio miraba perplejo a mi madre.

- ¿Aún conservas la carta?

Mi madre afirmó, distraída, con la cabeza.

-¿Puedo verla?

Sin decir palabra salió de la habitación, apareció de nuevo con el bolso en la mano, removiendo en su interior.



Buscaba sorprendida en el interior de su bolso.

-No está.

-Quizás esté en otro bolso, o la hayas guardado en otro sitio, te acompañaré a casa a mirar.

-No, la he puesto en este bolso y aquí tiene que estar.

Se acercó al sofá y vació en él su contenido, había de todo, pero la carta no estaba.

-No puede ser, tiene que estar.

Removía sus cosas, miraba hacia el interior del bolso y de pronto se paró, nos miró como si un recuerdo atravesara su cabeza, abrió la cremallera de un pequeño bolsillo interior, metió su mano y en efecto allí estaba, un sobre doblado varias veces sobre sí mismo.

-Lo sabía. Aquí la tengo.

Extendió su mano hacia mí pero Sergio se me adelantó en el gesto y la cogió. Comenzó a leer:

- "Querida Sofía:

Lamento todo lo que ha sucedido, no sabes hasta qué punto. Nunca fue mi intención haceros daño ni a ti ni a tu hija, siempre os he querido. Me gustaría que entendieras que no he tenido nada que ver, en ningún momento, con lo que le ha ocurrido a Talara, solo pensar que podría haber muerto, me hace sentir culpable pero solo intentaba protegerla. Nunca traicionaría nuestra amistad.

Javier." Sofía, ¿cuándo recibiste la carta?

-Una, dos semanas..., no sé...

-Piénsalo bien, por favor.

-Dos semanas, más o menos, pero...

-Pero...

-Recibí otra hace dos días, no fui capaz de abrirla, pero esta mañana, no sé por qué, me decidí y...

Comenzó a llorar sacando otro sobre del bolso, que esta vez cogí yo:

-“Mi Alma. (¡Cuánto tiempo hace que no te llamaba así!)

Mi amor, mi vida..., mi tormento. Te he querido siempre, desde que te conozco no he dejado de pensar en ti ni un sólo momento, aún sabiendo que no podría ser, que habías elegido a nuestro mejor amigo. Pero ya ves que te esperé, por si cambiabas de opinión, por si te arrepentías de tu decisión. Amargamente vi cómo os adorabais, por eso terminé alejándome unos años. Mis mejores amigos y los causantes de mi peor sufrimiento. Tras su fallecimiento volví a tener esperanzas, estabas libre de nuevo y sabía que podría volver a conquistarte, de hecho te conquisté, esos meses juntos fueron los meses más felices de mi vida, por desgracia en seguida se transformaron en una pesadilla. Comprobar que por simples apariencias, por pequeñas coincidencias me juzgabais culpable de intentar matar a Talara fue un duro golpe, la vida no es siempre lo que parece.

Perdóname por todo el daño causado. Si esta carta llega en algún momento a ti será porque yo ya no estaré en este mundo, posiblemente me hayan hecho desaparecer. Lamento enormemente todo el sufrimiento que pude haberos causado a ti y a Talara, puedo asegurarte que siempre he intentado cuidaros. A lo largo del tiempo he descubierto, con pena, que la vida puede cambiar en un segundo, en un segundo puedes alzarte a lo más alto y al segundo siguiente puedes caer al más profundo de los abismos. Mi pena, mi gran pena, ha sido comprender que en un segundo la reputación, el cariño, el amor, pueden desaparecer, pueden quedar eliminados de una vida. Un error, solo un error, un pequeño error es suficiente

para que todo lo que has intentado ser y sentir a lo largo de los años y con un duro esfuerzoo se venga a bajo. Sufrí como nunca al entender que tanto Talara como tú ya me habíais puesto la soga al cuello antes de ser juzgado, fuisteis mis más duros jueces y los más crueles, bastó una pequeña confusión, estar donde uno no debe, para que todo se volviera en mi contra. Sé quién intentó acabar con Talara, estoy en negociaciones con la policía. Pronto se descubrirá todo, pero lamentablemente presiento que no estaré aquí para saber que me habéis perdonado y poder abrazaros. Os quiero, con toda mi alma.

Javier."

-¡Mamá...!

La abracé fuertemente, comprendía todo su dolor. ¿Cuánto sufrimiento podía resistir un alma? Entre sollozos mi madre intentaba desahogar su aflicción.

-Éramos inseparables, los tres...Nos quisimos, mucho, muchísimo. La elección no fue fácil para mí, sabía que al decidir perdería a uno de mis amores para siempre... lo siento, Talara. Los amé a los dos... y los he perdido a los dos. ¡Qué fácil resulta juzgar a los demás desde fuera, sin ver su alma! Pero pensé que... todo apuntaba a ... Dios mío, ¿cómo he podido poner en duda...? Ahora está muerto, ahora no hay nada que hacer, ya no puedo hacer nada, nada...

Intenté tranquilizarla pero no había nada que pudiese calmar su espíritu. Sergio llamó a un médico.

-Se ha quedado dormida ya, le he tenido que poner un tranquilizante bastante fuerte, estaba demasiado nerviosa.

-Muchísimas gracias, doctor.

El médico se fue dejándonos a Sergio y a mi perplejos.

-Sergio, ¿qué está pasando? ¿qué le ha sucedido a Javier? ¿quién intentó matarme? Dios mío ¿es que esta pesadilla no va a terminar nunca?

-Yo no llevo el caso, intento averiguar cosas pero hay demasiado en juego, sé que están a punto de acabar con una banda considerable de delincuentes, traficantes y asesinos, no es fácil, todo tiene demasiadas aristas.

-¿Aristas? Sergio, por Dios.

-Hay que tener mucho cuidado estos días con todo con lo que se dice y con lo que se hace. Deberías quedarte con tu madre y con el niño, procurad no salir de casa, es peligroso. Pondremos vigilancia para que no os pase nada.

Me abracé a él.

-¿Cuándo va a terminar esta angustia?

El bebé comenzó a llorar y me acerqué a la habitación para darle de mamar.

-Tranquilo, cariño, mamá está aquí.

Abrazar al pequeño Sergio, cuidarlo, era lo único que hacía que el tiempo se detuviera por unos instantes y pudiera disfrutar un poco de la tranquilidad que me daba tener a mi bebé entre los brazos, acariciar su mano chiquitita, sentir cómo agarraba mi dedo, notar el calor de su piel.

Cómo pasaba el tiempo, la vida, cómo cambiaban las cosas, las circunstancias. Vivir era moverse, cambiar, caminar, a veces correr, pero también detenerse a mirar, a contemplar, a pensar. El hombre, ese animal social por naturaleza a veces llegaba a ser el mayor de los peligros para su tribu, su peor enemigo. Venía de pronto a mi mente la frase de aquel filósofo: "el hombre es un lobo para el hombre" Mi pesadilla continuaba y ahora se había hecho sangrienta, Javier asesinado, torturado, ¡pobre Javier!, y nosotras pensando que había sido el culpable... Cómo cambiaba la vida en un solo segundo, bastaba un segundo para que toda la seguridad que habías creado a tu alrededor se derrumbara, para que toda la alegría que podía traer a una casa un recién nacido desapareciera dejando paso al más puro caos. La vida, eso era, una montaña rusa que intentaba mantenerte continuamente con un nudo en la garganta, y otro en la boca del estómago, la vida...

El pequeño Sergio, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor, se quedó dormido en mis brazos, lo abracé y apareció de nuevo el miedo de ser vulnerable. Mi niño no era consciente de su vulnerabilidad, pero yo sí, de la suya y de la mía, la sentía por los dos, pero no podía permitirme el lujo de venirme abajo.

Me acosté pronto, agotada por el día tan raro que había tenido, después de dar vueltas en la cama y vueltas y mas vueltas a lo que había sucedido, por fin el sueño me venció.

-Talara. Talara, ¡vamos! Talara, ¡despierta!

Abri los ojos alarmada y cansada.

-¡Por Dios!, Sergio, ¿qué ocurre?

-¡Es tu madre!

Me levanté alarmada, mi corazón funcionaba a un ritmo que por un momento me dio miedo, sentía como si en cualquier momento pudiera escaparse de mi cuerpo. Unos segundos de angustia hasta llegar a la habitación donde se encontraba mi madre, unos segundos en los que cabía la vida entera, unos segundos interminables en los que pensaba que por Dios no fuera cierto, que por Dios mis pensamientos sólo fueran parte de mi imaginación, que por Dios mi madre estuviera bien y todo se redujera a un mal sueño, a esa nebulosa con la que a veces nos despertábamos de una pesadilla sin saber aún a ciencia cierta si había sido real o no.

Al abrir la puerta lo supe, lo respiré en el ambiente, lo sentí, lo presentí en el alma, mi madre yacía sin vida en su cama, me acerqué a ella y le acaricié la cara aún templada, le besé la frente.

-Lo siento, mamá. Perdóname por haberte hecho sufrir tanto. Te quiero.

Pasé mi mano a lo largo de su brazo hasta tomar su mano, la besé intentando transmitirle un calor que ya no sentiría. Se había ido. Una sombra de tristeza invadió la habitación llevándose mi alma, me ví desde fuera, como si mi cuerpo no fuera ya mi cuerpo, como si estuviera actuando para un público inexistente, dejé de sentir, dejé de ser yo. Escuchaba las voces como si estuvieran lejos, miraba a mi alrededor y vi a Sergio, pero no sentía nada, no lo sentía a él, de pronto era un desconocido.

La vida se paró por un segundo, mi vida se detuvo en ese segundo, sentía mi respiración pero no sentía nada más. Todo se ralentizó, mis movimientos, los de los demás. Algo me arrastraba, mi cuerpo se arrastraba, se dejaba arrastrar, no había

nada dentro, nada, todo vacío, no estaba mi alma, una estatua de mármol dejándose llevar por voces que no decían nada.

La lentitud de un mal sueño, sentirlo todo pero no sentir nada, estar pero no ser. Veía a las personas que se acercaban a mí a decirme que lo sentían. ¿Qué sentían? ¿Mi dolor? Era imposible porque ni yo misma lo sentía. Abrazos y más abrazos, manos extendidas hacia mi mano, palabras que sonaban huecas, bocas moviéndose, lágrimas, dolor. ¿Dolor? ¿Era esto el dolor? ¿No sentirse ni sentir? ¿No ver, no oír? ¿No poder tocar, no respirar?

La gente se acercaba a mí y me hablaba como si yo supiese quienes eran, como si fueran parte de mi vida, como si yo sintiera... y yo no sentía, y yo no era yo, era alguien que actuaba, alguien que daba las gracias sin saber muy bien por qué, alguien que intentaba sonreír y tranquilizar.

-Gracias por venir. No te preocupes. Estoy bien.

Frases que escuchaba en mi voz pero que realmente yo no pronunciaba.

En lo más profundo deseaba que todo terminara, quería despertarme, quería abrir mis ojos y comprobar que estaba en mi cama, que nada era verdad, que mi madre estaba tranquila, pero mi mente regresó al paraíso perdido de mi niñez, al paraíso perdido de mi pequeña familia, al paraíso perdido de los abrazos y besos de mis padres y fue ahí cuando abrí de verdad los ojos, cuando fui consciente de lo que había ocurrido, cuando me invadió el dolor, cuando sentí de nuevo mi alma en mi cuerpo y fue tan grande el dolor que apareció como lluvia en el alma.



La vida nos iba desgarrando poco a poco, nos iba exigiendo, nos iba dirigiendo y nos dejábamos llevar como las gotas de lluvia que acariciaban nuestro cuerpo sin saber o quizás sin tener muy claro que todo tenía un final.

Todos sufríamos situaciones parecidas y a pesar de todo seguíamos siendo bloques de hormigón armado, impenetrables para casi todo el mundo. Nos hacíamos los duros, los fuertes, los valientes, hasta descubrir lo débiles que podíamos llegar a ser con el paso de los años, con el paso de la vida, con la llegada de la muerte. Decir adiós era lo más difícil, cerrar la puerta sabiendo que nunca más íbamos a ver a esa persona, ese paso hacia lo desconocido, hacia la nada, hacia la soledad más absoluta... pero a pesar de todo seguíamos solos, sin preocuparnos de los demás, intentando no sentir a cada paso, intentando ser felices en un mundo imaginario, sin ser conscientes de que cada paso que dábamos era un paso hacia el final.

Sergio se acercó a mí, llevaba días intentando hablar. La policía había dado un duro golpe a parte de una mafia que trabajaba en España dedicándose, entre otras muchas cosas, a deshacer empresas, a crear otras fantasmas, a robar información en investigaciones tecnológicas avanzadas, y ahora a asesinar. Yo me había visto envuelta, sin querer, nadando en medio de los tiburones, por ser el eslabón más débil de la cadena. Habían intentado varias veces hacerse con la empresa de Javier, primero ofreciendo un precio, después intentando robar la información más relevante en cuanto a investigación se refería y por último implicando al propio Javier en su destrucción. Hubiera preferido, quizás, no saber nada, pero el conocer la

verdad era una manera de limpiar el nombre de Javier, el de su empresa y el de sus trabajadores.

¿Hasta qué punto una mafia podía arruinar la vida de tantas personas que no se lo habían buscado? Personas que vivían tranquilas con sus pequeñas o medianas empresas intentando sobrevivir y dando trabajo a tanta gente, intentando investigar para hacer un mundo un poco más humano, un poco mejor o más justo y de pronto, sin saber muy bien cómo, todo se les venía encima y eran los acusados y no las víctimas. ¡Qué difícil a veces la vida!

Habían sido unas semanas complicadas y se habían dejado notar en mi día a día. Con los disgustos mi cuerpo había dejado de producir leche, así que me había alejado también de mi pequeño. Ahora necesitaba alejarme de la ciudad.

Protegida por la oscuridad de la noche me acerqué a la playa, bajé del coche y me senté en una de las rocas alejadas del mar que hoy rugía como nunca, las lágrimas caían por mis mejillas, no las sentía caer, comenzaba a llover, pero no sentía la lluvia, levanté la cabeza al cielo y de mi garganta salió un grito desgarrador. Necesitaba desahogar mi alma. No entendía por qué habían tenido que matar a Javier, no entendía por qué había fallecido mi madre. Mi madre... mi apoyo, mi amiga, mi refugio, mi guía. Sentía que todo lo que había significado la vida para mí estaba perdiendo su sentido, el vacío interior que sentía me estaba ahogando, me arrastraba no sabía muy bien a dónde. Miraba al mar y me hipnotizaba su grandeza, su bravura, sin darme cuenta me estaba acercado peligrosamente a él. Un coche frenaba no muy lejos de donde yo estaba.

-Talara

Escuché mi nombre y me detuve. Alguien se acercaba a mi por detrás, era Sergio, su abrazo me reconfortó unos segundos y de

nuevo comencé a temblar, estaba empapada, por dentro y por fuera.

-Vamos, cariño. Estás temblando.

Me envolvía en su chaqueta mientras mirábamos juntos el mar.

-¿Sabes? Talara significa lluvia.

-Lo sé.

-A mi madre le gustaba la lluvia, por eso me puso este nombre.

-Eres lluvia.

Afirmé con la cabeza.

-Ahora solo soy lluvia en el alma.

Al abrigo del abrazo cálido de Sergio me sentía fortalecida.

-Ven conmigo, el niño espera en el coche.

Caminamos abrazados, acerqué mi cara a la ventanilla para ver el interior, mi pequeño Sergio me sonreía.

-La vida se abre camino.

-Sí, Talara, la vida nos está sonriendo.

FIN